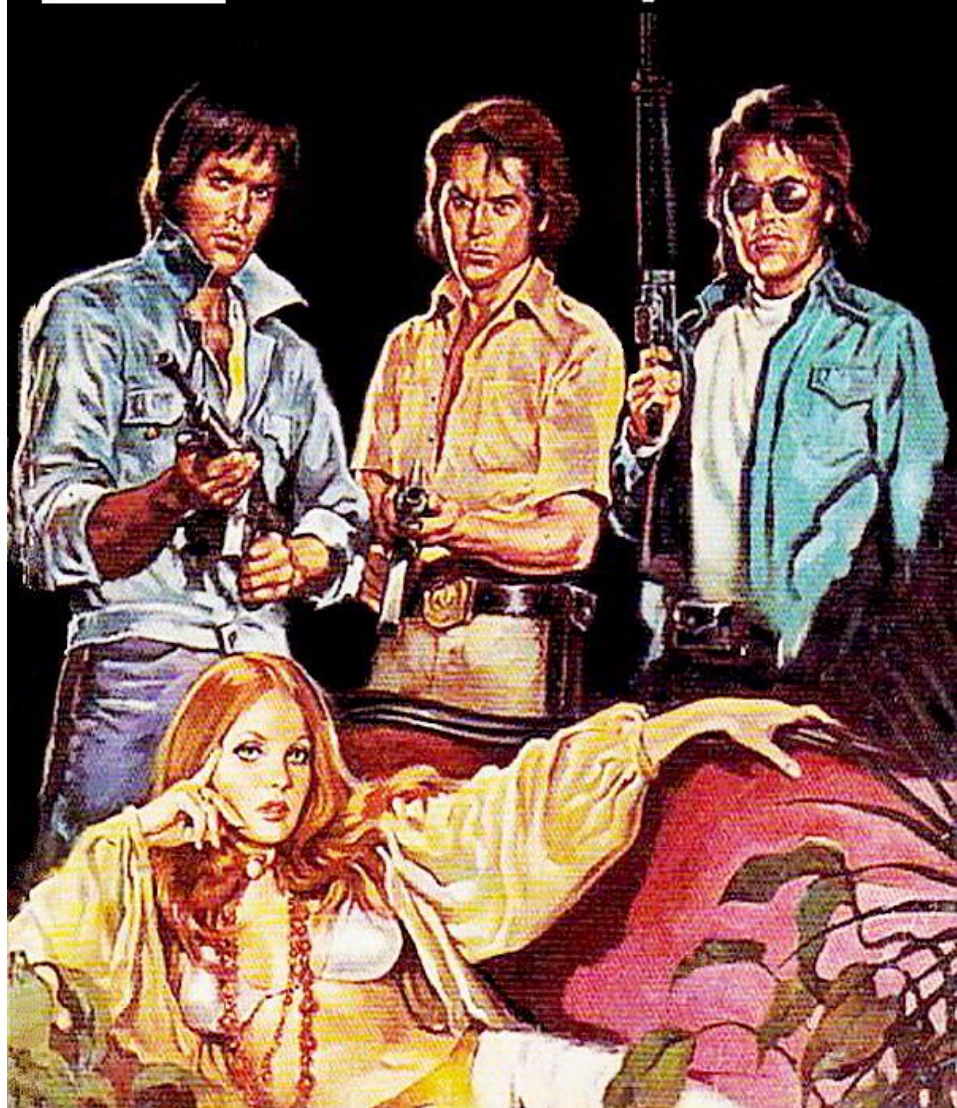


SERVICIO
SECRETO

SS

ATILA CABALGA DE NUEVO

Ray Lester



—Este asqueroso bar no me gusta, Rich. Aquí no se puede uno divertir.

—Te aguantas.

—Está lleno de esclavos de la sociedad.

—Eso pasa en todas partes.

—Es que huelen muy mal, Rich.

—¡Mándalos a la mierda y déjame en paz, Tom!

—No querrán irse, Rich.



Ray Lester

Atila cabalga de nuevo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1521

ePub r1.0

Lds 20.01.19

Título original: *Atila cabalga de nuevo*

Ray Lester, 1979

Cubierta: Norma

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



PRÓLOGO

Hizo girar la llave de contacto por cuarta vez y, al insistir, la batería empezó a dar señales de agotamiento. El motor del coche siguió resistiéndose a funcionar y Cristina Ross torció los labios en mohín contrariado.

Decididamente, tendría que buscar ayuda de alguna forma.

El problema estaba en que no había nada que se pareciese a una casa en las cercanías. Pero continuar tratando de poner el coche en marcha significaba descargar por completo la batería sin conseguir nada positivo.

No volvió a intentarlo.

Instintivamente consultó el reloj de pulsera y comprobó que pasaban algunos minutos de las siete. El sol se había puesto y las sombras nocturnas no tardarían en adueñarse de aquel lugar.

No le hacía ninguna gracia quedarse con el coche averiado en aquella solitaria carretera.

Pero no podía hacer nada.

Con ademanes un tanto nerviosos encendió un cigarrillo y aspiró con fruición la primera bocanada de humo. Se daba cuenta del error cometido al escoger aquella ruta de regreso, pero ella no era de esas muchachas que se asustan fácilmente.

El cigarrillo fue calmando sus nervios.

El desasosiego que la asaltó en un principio iba desapareciendo poco a poco. Se dijo a sí misma que en el fondo no había motivo para sentir temor alguno.

La situación no era tan grave.

Se encontraba con un problema y tenía que resolverlo. Después de todo, la hora de llegada no importaba demasiado. La tardanza no alarmaría a su familia, porque no la esperaban hasta el día

siguiente.

Adelantar el regreso había resultado beneficioso en ese aspecto. Súbitamente empezó a sentirse más tranquila.

Encogió los hombros y suspirando resignada abrió la portezuela y descendió del auto. Cristina Ross tenía una bonita figura que hacía juego con su atractivo semblante. Sin serlo, resultaba provocativa con aquel vestido de punto que se pegaba a su cuerpo realzando la turgencia juvenil de sus senos y la redondez de sus muslos.

Apoyándose en la puerta del coche decidió esperar.

Pasadena no estaba a tanta distancia como para que un vehículo no pasara por allí en cualquier momento. Mientras se disponía a esperar encendió un nuevo cigarrillo prometiéndose que conservaría la calma, pese a que la noche iba cayendo rápidamente sobre ella.

De pronto, su corazón latió más aprisa.

Pudo escuchar con bastante nitidez el ronroneo de un motor aproximándose donde ella estaba. Lo primero que le vino a la mente fue que era un camión de gran tonelaje. No importaba, con tal de que le prestasen ayuda.

Pero cuando el ruido estuvo más próximo supo que se trataba de potentes motocicletas. Por lo menos eran cuatro o cinco máquinas las que venían.

En lugar de causarle alegría, el hecho de que fuesen motoristas no acabó de gustarle. Sin poderse explicar la razón, no se sintió tranquila. Y tan pronto vio aparecer tras una curva las luces de aquellas cuatro máquinas que se acercaban vertiginosamente, se estremeció.

Fue un vago presentimiento.

Una premonición que la sobrecogió.

Quiso apartar de su mente aquel estúpido temor, sin conseguirlo. Se quedó inmóvil junto al coche mientras las potentes máquinas se aproximaban con su ensordecedor petardeo.

Cristina tuvo la certeza de que los motoristas la habían visto desde mucho antes que las blancas luces bañaran su figura.

Por un momento estuvo tentada de echar a correr alejándose a campo traviesa de allí. Enseguida desechó la idea considerándola pueril.

No tenía otra alternativa que aguardar acontecimientos.

Probablemente, sus temores eran infundados y aquellos motoristas la ayudarían a salir del apuro en que se encontraba.

Pensó que era tonto preocuparse antes de tiempo.

Respiró con tuerza intentando calmar sus nervios.

Pero viendo corrió maniobraban las motos al llegar junto al coche, volvió a dominarla una profunda inquietud. No era lógico que la rodearan enfocándola desde cuatro puntos distintos.

El rugido de las molos a todo gas siguió atronando el aire unos instantes, mientras los faros iluminaban a la chica intencionadamente.

Cristina empezó a sentir pánico.

Pero dominando el creciente temor se cubrió los ojos levantando el antebrazo derecho y en voz alta, tratando de hacerse oír por encima del ruido atronador de los motores, suplicó:

—Apaguen las luces, por favor.

Nadie le respondió.

Cristina podía proteger sus pupilas de las cegadoras luces, pero ver a las personas que se hallaban detrás de ellas le resultaba imposible. Sólo podía distinguir borrosas siluetas encima de las máquinas. Sintióse cada vez más nerviosa, insistió:

—Por el amor de Dios...

Una de las motos dejó de petardear súbitamente.

Y como si se tratara de una señal convenida con las otras tres, éstas enmudecieron también. Por contraste, el silencio que se hizo en torno a la chica, fue sobrecogedor. Los fuertes faros continuaron iluminando su cuerpo.

Procurando que el tono de su voz sonara normal, dijo Cristina:

—Necesito que me presten ayuda. Les agradeceré...

Fue interrumpida por una sonora carcajada.

Cristina no pudo evitar un estremecimiento que la sacudió de los pies a la cabeza. Y entonces, por primera vez, escuchó una bronca y desagradable voz masculina que despejó todas las dudas respecto a las intenciones de aquellos individuos.

—¡Eh, chicos! ¿Estáis viendo cómo tiembla la palomita?

Unas fuertes risotadas corearon el comentario.

Cristina miró atemorizada en todas direcciones sintióse perdida. Sabía que algo horrible iba a sucederle y que nada podría

hacer para evitarlo. Tuvo conciencia de que se hallaba a merced de aquellos gamberros, de que harían con ella lo que quisieran.

Ese pensamiento ocupó su mente por completo y llegó a anonadarla de tal forma que, durante largos segundos, fue incapaz de reaccionar y enfrentarse a la situación.

La misma voz de antes, se dejó oír de nuevo:

—¿De veras quieres que te ayude, palomita?

Cristina apretó los labios sacando fuerzas de flaqueza. Y tras unos instantes de vacilación, suplicó:

—No me hagan nada, por Dios.

El tipo que parecía llevar la voz cantante chasqueó ruidosamente la lengua y dejó escapar una suave y a la vez tensa risita.

—Has solicitado ayuda, ¿no?

—Ahora... les ruego que se vayan.

—Estamos en un país libre, pequeña. Podemos quedarnos si queremos, o irnos adonde nos venga en gana. Pero me parece que nos quedaremos a tu lado dadas las circunstancias, ¿eh, chicos?

Los otros respondieron afirmativamente.

Cristina tragó saliva.

—Puedo... puedo arreglarme sola.

—De eso nada, palomita. Nosotros te prestaremos ayuda y tú te portarás como una chiquita agradecida. Pero lo haremos al revés, ¿sabes? Es mejor que primero demuestres tu sincero agradecimiento y después trataremos tu problema con el máximo interés.

Aun a sabiendas de que no serviría de nada, hizo Cristina una última tentativa:

—Tengo dinero para darles.

El individuo rió con fuerza.

—¿Habéis prestado atención a eso, chicos? Resulta que la pequeña es de la clase alta y también nos dará dinero. Podemos decir que hemos encontrado un chollo.

En el lado opuesto al sitio de donde venía la áspera voz de aquel tipo, sonó un resoplido impaciente.

—¿A qué diablos estamos esperando?

—Ten calma, hombre. La noche es larga y no hay necesidad de precipitaciones.

—¡Mierda...! Si le da por venir a un coche nos fastidia la diversión.

—Si viene un coche nos meamos en sus ocupantes.

—Pero...

—¡Ya está bien, idiota! ¿Desde cuándo se hacen las cosas a tu manera, capullo?

El otro no se atrevió a replicar al jefe.

Después; de la brava discusión, hubo un silencio.

Y luego empezó la tragedia que se había estado incubando en aquel escenario.

Cristina observó con ojos agrandados por el pánico que una oscura silueta avanzaba despacio en dirección a ella. Quiso huir de allí, salir corriendo y tratar de escapar a lo inevitable.

Pero sus piernas no obedecieron la imperiosa orden transmitida por el cerebro y se quedó inmóvil junto al coche, esperando que el sujeto llegara a su lado. Fueron unos instantes de terrible ansiedad.

Vislumbró que aquel hombre llevaba una oscura cazadora de tejido brillante, plastificado. Tenía cuerpo atlético y sus facciones aparecían extrañamente fantasmales, a causa de las luces de los faros situados a su espalda.

La muchacha intentó gritar.

Sin embargo, el grito quedó ahogado por el nudo que había en su garganta.

De repente se sintió fuertemente sujeta por unas manos duras que parecían garras de acero. Fue empujada brutalmente contra el coche y un desagradable aliento quemó su cuello a escasa distancia de la piel. Su instinto le dijo entonces a Cristina que debía luchar con todas sus fuerzas.

Unos dedos se le metieron por el escote desgarrando el vestido.

La boca de aquel tipo buscó salvajemente la suya.

Cristina logró reaccionar y adelantó el rostro mordiendo con inusitada saña. El sujeto retrocedió aullando de dolor y aflojó unos segundos la presión de sus manos. La muchacha intentó alejarse de él aprovechando la ocasión, pero no lo consiguió. Pronto se encontró nuevamente sujeta y zarandeada con brutal salvajismo.

Una fuerte bofetada restalló en su mejilla.

Los otros gamberros reían desaforadamente animando al jefe del grupo con groseras alusiones.

Cristina se debatió con fiereza a pesar de que el tremendo golpe la dejó unos segundos a merced de su agresor. Alargó la mano

derecha intentando arañarle el rostro al individuo, pero éste pudo esquivarla ladeando velozmente la cabeza. Después la rodeó con sus brazos manteniendo los de Cristina pegados a los costados.

Se inclinó sobre ella y mordió más que besó su cuello.

Cristina chilló sin dejar de debatirse.

Durante unos minutos estuvieron luchando denodadamente y el tipo resollaba entrecortadamente sin poder lograr su objetivo. A la muchacha le fallaban ya las fuerzas y tenía que hacer un gran esfuerzo para no ceder en su forcejeo. Le dolía todo el cuerpo y su vestido aparecía completamente desgarrado.

Viendo que no lograba vencer la resistencia de la chica a pesar de su evidente superioridad física, gritó rabioso el jefe del grupo:

—¡Echadme una mano, malditos!

Los otros tres gamberros rieron regocijados y se precipitaron a toda prisa sobre la pareja. Cristina se sintió sujeta por varias manos y supo que estaba irremisiblemente perdida.

Un demencial terror se apoderó de ella y chillando enronquecida movió la cabeza de un lado a otro. Era la única parte del cuerpo que podía mover.

Aquellos salvajes le quitaban la ropa a tirones.

Los faros de las motos iluminaron su cuerpo casi desnudo.

En uno de aquellos violentos movimientos, la cabeza de la muchacha pegó en un saliente de la carrocería del coche. La base de su cráneo se rompió y el tormento terminó para ella finalmente.

Uno de los componentes del grupo advirtió el desmadejamiento de Cristina y avisó a los otros:

—La pájara se ha desmayado.

—Mejor —le contestaron—. Así no dará más guerra.

El cuerpo distendido de la muchacha quedó trágicamente doblado hacia atrás encima del capó del coche. Como una muñeca rota. Los salvajes motoristas siguieron manoseándolo con lujuriosa avidez.

Finalmente, el cadáver de Cristina resbaló hasta quedar en el asfalto de la carretera.

Y allí, aquellas fieras inhumanas fueron violándolo.

Hasta que el tercero de ellos abrió la babeante boca y exclamó atónito:

—¡Está... muerta!

CAPÍTULO PRIMERO

—Este asqueroso bar no me gusta, Rich. Aquí no se puede uno divertir.

—Te aguantas.

—Está lleno de esclavos de la sociedad.

—Eso pasa en todas partes.

—Es que huelen muy mal, Rich.

—¡Mándalos a la mierda y déjame en paz, Tom!

—No querrán irse, Rich.

—¿Y me lo dices a mí?

—¡Eh, Rich...! ¿Por qué no buscarnos un poco de diversión?

Rich Talbot, de unos veinticinco años, rostro anguloso en el que destacaban sus fríos ojos claros, fuerte complexión atlética y sucios cabellos largos, suspendió un momento el manoseo a la chica que tenía al lado y clavó una mirada de fastidio en su compañero.

—Ya os estáis divirtiendo, Tom —dijo calmoso—. Si vas a seguir molestándome acabaré sacudiéndote un trompazo en los morros.

—Hombre, Rich...

Pero ante la fría mirada de su jefe, Tom Smart guardó silencio de inmediato. Después de unos segundos de pausa, se olvidó de Rich y riendo escandalosamente siguió arrojando migas de pan y bolas de papel mojado a los otros miembros del grupo.

Dunn Lowe y Orson Murray respondieron a la provocación de Tom y pronto se inició una batalla entre ellos, con los improvisados proyectiles. Beatriz Vernon y Flora Briscoe se unieron a la broma y también empezaron a tirar bolas de papel mojado.

El escándalo se generalizó.

Otros dos miembros del grupo, Jess Caddy y Marion Clyde, se conformaron contemplando divertidos a sus amigos, pero sin

intervenir en la batalla.

A Rich Talbot, el jefe de la pandilla, sólo le interesaba en aquellos momentos magrear a la insaciable Olivia Warren.

En total, el grupo estaba compuesto por cinco muchachos y cuatro chicas. Sus edades oscilaban entre los dieciocho y veinticinco años. Todos llevaban negras cazadoras de brillante tejido, con la cara de un diablo rojo dibujada toscamente en la espalda.

Del cuello de algunos colgaban los más extraños fetiches sujetos por cordones de cuero. Uno de ellos, Orson Murray, lucía un aro de plata en el lóbulo de la oreja derecha.

El alboroto iba en aumento.

Brent, el dueño del bar restaurante, maldijo una vez más, en voz baja, a los miserables gamberros que acabarían dejándolo sin clientela. Miró con infinito odio al grupo que ocupaba dos mesas en un ángulo de la sala. Melenudos, sucios y groseros, no eran precisamente la clase de compañía que uno desea encontrar cuando se detiene a comer algo en un restaurante de la carretera.

En cualquier parte eran insoportables.

Y mucho más a la hora de comer.

En el bar se encontraban en aquellos momentos seis comensales. Brent se dio cuenta de que estaban molestos por los gamberros, por la forma en que se comportaban. Dos hombres de mediana edad con aspecto de comerciantes, se levantaron cuando todavía no habían terminado de comer. Pagaron y sin responder apenas a un comentario de Brent, abandonaron apresuradamente el local.

Antes de salir murmuraron unas palabras recriminatorias dirigidas al grupo de gamberros. Tom Smart escuchó el comentario y les hizo un grosero corte de mangas lanzando una fuerte risotada.

Brent arreció en sus maldiciones.

En aquella carretera no había demasiada circulación y perder a la escasa clientela por culpa de los sucios melenudos no le hacía ninguna gracia. Pero temía el tener que enfrentarse a ellos. Las reacciones de aquellos jóvenes eran completamente imprevisibles.

En general, eran violentos.

Y mucho más si iban en grupo.

Por fortuna, su esposa estaba pasando unos días con su madre. De lo contrario hubiera tenido problemas, porque su mujer tenía un carácter agresivo y no se mordía la lengua nunca.

Se habría enfrentado a los gamberros sin reparar en consecuencias.

Por su parte, él mismo había sentido el impulso de llamarles la atención. Pero Brent sabía lo peligroso que resultaban aquellos jóvenes y desistió de hacerlo.

Las groseras risotadas y el lanzamiento de bolas de papel mojado continuó, a pesar de los gestos de desagrado de aquellos clientes que habían optado por seguir comiendo.

Hasta que una de las bolas de papel se estrelló en una mujer que se hallaba a tres mesas de distancia de los jóvenes gamberros.

La bola de papel se estrelló en su rostro y el agua resbaló por su mejilla.

* * *

Clem Madison era un tipo de fuerte corpachón y enormes manos encallecidas. De cada semana, se pasaba seis días detrás del volante de un camión de gran tonelaje. Eso hubiera sido bastante para agotar a cualquier persona, pero no a Clem Madison.

Y como estaba profundamente enamorado de Helen, su esposa, aprovechaba el día libre para coger el pequeño descapotable y sacarla de la ciudad. El ginecólogo se lo había aconsejado tras la visita correspondiente al quinto mes de embarazo de Helen.

Madison se lo impuso como una obligación.

Lo hacía encantado, porque adoraba a su esposa. Todos los días libres, sin faltar ni uno, el matrimonio salía a respirar el aire de la montaña. Tenían la costumbre de pararse a comer en un restaurante de la carretera y a media tarde, regresaban a la ciudad.

Aquel día se habían detenido en el bar restaurante propiedad de Brent Hopkins.

Lo conocían de otras veces y les gustaba la limpieza impecable del local.

Brent les sirvió la comida y les comentó que su esposa había ido a visitar a su madre. Incluso gastó una broma al referirse a su suegra.

Todo se estaba desarrollando con absoluta normalidad.

Pero Clem Madison compuso un gesto de contrariedad cuando escuchó que varias motos se detenían delante del bar. Y después frunció el ceño molesto, observando a los jóvenes melencollos que

entraron en el local.

Eran ocho o nueve y ocuparon dos mesas cerca de donde estaban Helen y él. Tuvo el vago presentimiento de que tendría problemas.

Trató de disimular su mal humor para no inquietar a Helen, pero acabó haciendo una mueca de fastidio al ver que los jóvenes melenudos empezaban a alborotar.

Madison atirantó el semblante y un gran desasosiego se apoderó de él. No quiso evidenciarlo, aunque todos sus músculos estaban en tensión.

Los jóvenes se empezaron a tirar bolas de papel mojado.

Dos clientes abandonaron su mesa y se marcharon.

Madison levantó la mirada hacia Brent Hopkins y observó la inquietud que reflejaba su rostro.

Y de pronto ocurrió lo que temía.

Una bola de papel mojado fue a estrellarse en el rostro de Helen.

CAPÍTULO II

Todos los presentes se quedaron esperando la reacción de Madison.

El gamberro que había lanzado la bola de papel mojado era Tom Smart. Y no se inmutó cuando Madison saltó en pie y clavó en él una furiosa mirada. Incluso llegó a esbozar una desafiante sonrisa.

Su compañero Orson Murray contempló risueño al ceñudo Madison y bromeó:

—¡Vaya coña! Este tipo de mierda quiere matarte con la mirada, Tom.

Smart puso los ojos en blanco simulando un gran temor.

—¡Qué susto!

Clem Madison hizo el ademán de ir hacia los jóvenes gamberros, pero súbitamente se sintió sujeto del antebrazo. Bajó la mirada y se encontró con los suplicantes ojos de Helen.

—Por favor, Clem...

—Déjame, cariño —pidió Madison intentando soltarse de su esposa—. Alguien tiene que dar una lección a estos valientes jóvenes.

—No quiero que seas tú, Clem.

—Estate tranquila, cariño. Nada va a ocurrirme.

Mientras Madison trataba de convencer a su esposa para que lo dejara ir hacia el grupo de alborotadores, Tom Smart miró a Murray guiñándole el ojo. Y levantándose despacio, suplicó en tono burlón a Helen:

—Déjalo que venga, cariño. A lo mejor tienes suerte y te lo devolvemos de una pieza.

Clem Madison apretó los maxilares y hubo un fulgor inusitado en sus pupilas. Aquello era mucho más de lo que estaba dispuesto a soportar.

En voz baja, silabeó:

—Helen, no voy a permitir qué esos pequeños bastardos se burlen de nosotros. Vete al coche y espérame.

—Clem, por Dios...

—Haz lo que te digo, Helen.

Tom Smart compuso una mueca de burla.

—Eso, cariño —dijo a Helen riendo cínicamente—. Así nos podrá pedir perdón y mearse sin que tú lo veas. Anda, obedece a papá, nena.

Clem Madison se desprendió de la mano de su esposa y echó a andar en dirección al grupo. No iba a ser la primera vez que se enfrentaba a gente como aquélla. Sabía que si procuraba conservar la sangre fría, podría zurrar a los insolentes melenudos.

Se fue aproximando despacio a ellos.

Orson Murray no tardó en saltar ágilmente de su asiento y situarse junto a Tom Smart. Los dos jóvenes hicieron un veloz movimiento y en sus manos aparecieron sendas navajas de muelle.

Un chasquido metálico hizo saltar las hojas.

Brent, el propietario del bar, respingó sobresaltado y boqueó atónito contemplando las brillantes hojas. En una mesa del fondo, contuvieron la respiración dos clientes que estaban a medio comer.

Tenían demasiado miedo para ayudar a Madison.

Los restantes miembros del grupo se quedaron impassibles y aguardaron tranquilos los acontecimientos que se avecinaban. Incluso las chicas.

El jefe, Richard Talbot, interrumpió el manoseo a Olivia componiendo una mueca de fastidio. Aquellos dos idiotas iban a estropear algunas cosas.

Decidió pararles los pies si las cosas pasaban a mayores.

Clem Madison se había detenido al aparecer las navajas en manos de los dos gamberros.

En el bar se hizo un silencio impresionante.

Y justo en aquel momento entró un nuevo cliente en el bar. Su entrada pasó desapercibida por la tensión que reinaba en el ambiente. Como nadie reparaba en él, paseó la mirada por las personas que se hallaban en el local y haciendo una mueca se situó en el extremo más alejado del mostrador.

No le gustó lo que estaba pasando, pero guardó silencio y

observó.

Madison y los dos jóvenes se miraban fijamente a los ojos. Y de repente, Clem Madison aferró el respaldo de una butaca y la levantó por encima de su cabeza.

Entonces, de la garganta de Helen salió un alarido de hembra herida:

—¡Por Dios, Clem...!

Al escuchar el grito horrorizado de su esposa, se inmovilizó Clem Madison sin saber cómo reaccionar. Durante largos segundos estuvo mirando alternativamente a los gamberros y a su esposa, sin atreverse a tomar una decisión.

Volverle atrás significaba pasar por cobarde ante las personas que había en el bar. Y si iniciaba la pelea podía causar un daño irreparable a su esposa, de funestas consecuencias para la criatura que esperaba.

Tom Smart pareció leer en su frente y haciendo un ademán con la mano libre, invitó risueño:

—Adelante, valiente, demuestra a tu mujercita que eres un macho y que los tienes bien puestos.

El rostro de Madison se encendió de rabia.

—¡Maldito gamberro...!

Helen no pudo soportar ni un instante más la tensión reinante. Sabía que en una décima de segundo podía desencadenarse la tragedia. Y si Clem atacaba a los gamberros ya no habría forma de detener los acontecimientos.

Su esposo continuaba con la butaca en alto.

Y frente a él, los dos jóvenes esperaban con las navajas.

Helen se levantó como una leona a la que tratan de robarle su cachorro y se interpuso decidida entre los dos gamberros y Clem.

Brillantes de ira las pupilas, increpó a Smart:

—¿Qué placer sientes haciendo daño?

Tom Smart torció los labios riendo bajito.

—Oye, nena...

—¡Mi marido es más hombre que todos vosotros juntos! —lo interrumpió Helen con fiereza—. Cuando un hombre se considera con la suficiente hombría no necesita demostrarlo. Y nunca saca una navaja para apoyar sus actos. Si es así como deseáis convertirlos en hombres, me dais mucha pena. Jamás pasaréis de ser unos

chiquillos que siempre necesitan a otros de su especie para cualquier cosa que quieran hacer en la vida. Si ése es vuestro concepto de la hombría, estáis completamente equivocados. Es mejor que regreséis a casa y que vuestros padres intenten de nuevo enseñaros algo de hombría.

Cuando Helen terminó de hablar estaba temblando de excitación.

Clem Madison se quedó tan inmóvil como una estatua, manteniendo en alto la butaca.

Smart y Murray no sabían cómo reaccionar.

Después de las palabras de Helen se hizo un gran silencio en el bar. Todos la contemplaban admirativamente por el énfasis que había puesto en la defensa de su esposo.

De pronto, el silencio fue roto por Rich Talbot.

Se incorporó despacio del asiento que ocupaba junto a Olivia y empezó a aplaudir lentamente sin dejar de mirar a los ojos de Helen.

—Un hombre se encuentra con pocas mujeres como usted en la vida, señora —dijo admirativamente, aproximándose a Helen—. Lástima que esté embarazada.

Helen se limitó a mirarlo colérica.

Talbot le soportó unos segundos la mirada y luego se volvió a sus dos acólitos.

—Guardad las navajas, chicos.

Orson Murray inició una protesta.

—Ahora que empezaba la diversión...

—¡Guarda la navaja y largo de aquí, Orson! —lo cortó tajante Rich Talbot—. ¿Acaso no sabes distinguir a una verdadera mujer cuando la tienes delante?

Murray encogió los hombros indolentemente.

—Sólo trato con chicas de la clase de Olivia, Rich.

Las pupilas de Talbot se posaron en Murray frías como el hielo.

—Otro comentario como ése y te tragas la dentadura, amigo. Fuera ya de aquí.

Smart y Murray inclinaron la cabeza guardando las navajas y regresaron a sus sitios a regañadientes. No les gustaba ser humillados públicamente por Rich Talbot, pero sabían cómo las gastaba. Desde sus asientos lo miraron rencorosos.

Talbot se giró a Madison ignorándolos.

—Puedes bajar la butaca, Clem —dijo calmoso—. Y en otra ocasión trata de dominar los nervios y no ser tan impulsivo. Orson y Tom han podido sacarte las tripas si llego a dejarlos.

Madison bajó lentamente la butaca, dejándola en el suelo. Luego, mirando con dureza a Talbot, masculló:

—O se han salvado de que yo les abriera la frente.

Talbot ladeó la cabeza mirándolo divertido.

—No los has visto manejar la navaja y por eso hablas de esa forma. Una gallina entre dos zorros hubiera tenido más probabilidades de éxito que tú, Clem.

Madison apretó los puños.

—Los canallas como vosotros no me asustan.

—¡Cuidado...! —advirtió con helada entonación el jefe de la pandilla—. Eres un tipo de suerte porque te acompaña una hembra que sabe hacerse respetar. Pero no abuses de tu buena estrella o todo te saldrá mal. Sácala de aquí ahora que te brindo la oportunidad y no seas cretino, hombre.

Clem Madison se resistía a ser dominado por un jovenzuelo impertinente. Fue a replicar con brusquedad, pero se le adelantó Helen, suplicando:

—Vámonos, Clem.

—Si estos gamberros se creen que van a...

—Por favor, Clem —lo interrumpió Helen aferrándose fuertemente a su antebrazo—. Vámonos o juro que me pondré a chillar con todas mis fuerzas. Esto es mucho más de lo que puedo soportar.

Madison no esperaba aquello.

Respiró profundamente tratando de serenarse y pensó un momento en todo lo que estaban pasando. No tenía derecho a provocar en Helen un estado emocional que tanto podría perjudicarla. Pasar por cobarde ante aquellos depravados jóvenes y renunciar a la pelea, era lo sensato.

Ante todo estaba la seguridad de su esposa.

Después de unos instantes de silencio, inclinó la cabeza.

—Tienes razón, Helen —musitó con un hilo de voz—. Es mejor que salgamos de aquí.

Talbot dio una cabezada afirmativa y se hizo a un lado

indicando la salida con un ademán.

—Eso es entrar en razón, Clem.

Madison percibió claramente la burlona entonación de Rich Talbot, pero no hizo caso. Ya había decidido no poner en peligro la integridad de Helen.

Pagó al dueño del bar en el mostrador y cogió del brazo a su esposa, abandonando el local sin volver la cabeza. Nunca en su vida se había sentido más avergonzado.

Todavía no habían cruzado el umbral de salida, cuando escucharon a sus espaldas las groseras risotadas del grupo de gamberros.

El alboroto era mayor que antes del incidente.

Rich Talbot volvió junto a Olivia Warren y sentándose de nuevo en su butaca, bebió un largo trago de cerveza. Luego se limpió la boca con el dorso de la mano y pasando el brazo por los hombros de la chica la atrajo besándola con salvaje frenesí.

Ella se estremeció y respondió ávida a la caricia.

Le gustaba la brutalidad de Talbot.

Tom Smart se subió a una mesa y empezó a lanzar aullidos imitando con grotescos movimientos una danza india de guerra. Sus compañeros coreaban con fuertes risotadas las ridículas posturas de Smart.

Brent, el dueño del bar, los contemplaba desesperado.

La pandilla no cesaba de reír y lanzar aullidos salvajes. Eran los dueños absolutos de la situación. Nadie tenía agallas para enfrentarse a ellos.

Pero a escasos metros de donde estaban había un fulano y opinaba todo lo contrario.

CAPÍTULO III

Hart Garvin decidió que aquel bar era tan bueno como otro para refrescarse con una cerveza helada. Detuvo su Kawasaki en la explanada delantera y quitándose el casco protector de plástico duro lo dejó colgado del manillar de su máquina.

Limpiándose con el dorso de la mano el sudor de la frente se dirigió a la entrada y empujó la puerta penetrando en el bar.

Tan pronto se encontró en el interior torció el gesto contrariado. Estaba a punto de comenzar una pelea entre un fornido individuo con aspecto de camionero y dos risueños jóvenes que tenían unas navajas en las manos.

Garvin observó que nadie reparaba en él.

El dueño del bar le dirigió una fugaz mirada, pero pronto volvió a centrar su atención en lo que estaba a punto de suceder en su establecimiento.

Hart Garvin encogió los hombros y se situó en el extremo opuesto del mostrador, dispuesto a presenciar la pelea que iba a empezar. En su opinión tenía las de perder el fulano con aspecto de camionero.

A pesar de que había cogido una butaca y la levantaba sobre su cabeza dispuesto a estrellarla contra los dos provocativos jóvenes.

Hart Garvin rondaba los veinticinco años. Los rasgos de su rostro eran duros y sus ojos miraban con impasible frialdad. Era de elevada estatura. Pasaba del metro ochenta y tenía cuerpo de jugador de *rugby*.

En sus finos labios se dibujó una leve sonrisa al ver que la mujer que acompañaba al tipo con aspecto de camionero salía en defensa de éste.

La hembra era una verdadera leona.

Hart Garvin no pudo dejar de admirar su bravura.

Sin perder detalle, Garvin presenció lo que estaba pasando entre aquella pareja y la pandilla de gamberros. Era desagradable ver cómo trataban al hombre.

Un abuso intolerable.

Y mucho más teniendo en cuenta el estado de la mujer.

Por un momento estuvo tentado Garvin de intervenir en apoyo de la pareja. Pero se dijo que aquello no era asunto suyo y acabó desistiendo.

El que parecía jefe del grupo de melenudos tomó cartas en la disputa y la tensión descendió. Pero se dirigió con dura entonación al hombre llamado Clem y éste se contuvo haciendo un visible esfuerzo.

Garvin se percató de que aquel tipo era muy capaz de enfrentarse a los gamberros y darles una lección. Pero se contuvo para no comprometer la integridad física de su esposa.

Su forma de comportarse resultaba lógica.

Por mucho que deseara desahogarse zurrando a los insolentes melenudos, no podía hacerlo. Tenía que morderse los labios y aguantar sus burlas.

Unas burlas que iban en aumento.

Garvin pensó que aquello era una guarrada y que no había derecho. También pensó que cuando se humilla a un hombre y los hombres que están presentes guardan silencio, se están humillando a sí mismos.

Clem Madison fue al mostrador a pagar y Hart Garvin observó la gran vergüenza que se reflejaba en su rostro. Se le revolvieron las tripas y consideró como suya aquella humillación.

Los gamberros merecían una lección.

Y como él no debía preocuparse de la integridad física de ninguna mujer, pensó que era el indicado para hacerles comprender su denigrante comportamiento.

Esperó unos segundos hasta que el matrimonio hubo abandonado el bar.

Luego dio una fuerte palmada en la plancha del mostrador llamando la atención de los presentes.

Los gamberros interrumpieron sus risas y giraron las cabezas mirándolo.

Entonces Hart Garvin dijo en voz alta:
—Os habéis portado como cerdos, muchachos.

CAPÍTULO IV

Rich Talbot levantó vivamente la cabeza y clavó una atenta mirada en el nuevo cliente. Las palabras de éste habían llegado a él con nitidez y estaba claro que se trataba de una provocación.

Todos los miembros de la pandilla guardaron silencio súbitamente.

Se miraban unos a otros asombrados.

No podían creer que alguien se atreviera a desafiarlos de aquella forma tan deliberada sin estar loco de remate. Y el caso era que aquel tipo parecía tranquilo.

Talbot lo detalló con la mirada durante largos segundos y observó que su indumentaria era similar a la que ellos mismos vestían. Deslucidos pantalones tejanos, camisa de franela y cazadora de cuero que había conocido tiempos mejores.

Por su aspecto, se trataba de uno de esos jóvenes de «vida libre» que abundan hoy en día por todas partes y que rara vez se amoldan a los sistemas establecidos por la sociedad.

Un fulano de la misma especie que ellos.

Talbot hizo una leve señal a Smart y Murray.

—Podéis seguir la diversión si os apetece, chicos —dijo sin apartar los ojos de Hart Garvin—. Ése no tiene una esposa embarazada que os pueda interrumpir.

Smart y Murray cambiaron una aviesa mirada de inteligencia y torcieron los labios en mueca sardónica. Se pusieron en pie al mismo tiempo sin necesidad de que mediara palabra alguna.

Tom Smart puso los ojos en Garvin calibrando las posibilidades.

—¿Hay límites con ese fulano, Rich?

—Bastará una buena paliza, Tom.

—¿Y si se pone farruco?

—Podéis marcarle la cara —respondió Talbot encogiéndose de hombros—. Pero nada de echarle fuera las tripas, ¿entendido? En estos momentos no nos conviene armar mucho escándalo.

—Ese niño guapo nos ha provocado, Rich.

—Y por eso vais a darle un escarmiento, ¿no? Pero que no se os pase la mano.

En el mostrador, Hart Garvin escuchaba la discusión entre los gamberros sin inmutarse. Observó impasible que el dueño del bar temblaba de pies a cabeza.

—Tranquilo, amigo —le dijo calmoso—. Si se ponen las cosas feas, métase bajo el mostrador.

Brent no se tranquilizó en absoluto.

Entretanto, Smart y Murray estaban dando lentas cabezadas afirmativas a lo que les decía Talbot. Parecía que finalmente se habían puesto de acuerdo.

Confiadamente, sin prisas, echaron a andar en dirección a Garvin.

No dejaron de mirarlo provocativamente mientras se aproximaban a él. Cuando estaban a punto de llegar a su altura, maniobró Murray situándose en el lado contrario a Smart. Así, el joven de la cazadora de cuero quedaría flanqueado por ambos.

Pero Garvin les adivinó la intención y girándose a medias apuntó con el índice extendido a Murray.

—Los dos por el mismo sitio, macho. Un paso más y me lío a trompazos sin preguntar.

Murray se detuvo mirándolo de frente.

—Eres un tío de pelo en pecho, ¿eh?

—Lo normal para cualquier persona, pero demasiado hombre para vosotros, mocoso. No tenéis ni puta idea de lo salvaje que se puede ser.

Tom Smart rió bajito.

—Estás consiguiendo asustarnos, tío.

—Eso será luego.

—A lo mejor resulta que te rajas como el otro.

—El tipo que ha salido os hubiera dado sopitas con hondas de haberse quedado solo con vosotros. Habéis estado de chamba porque su mujer no ha querido irse al coche.

—Pero tú no tienes una mujer que te preocupe.

—Por eso os voy a calentar.

Hart Garvin hablaba suavemente, con enorme seguridad en sí mismo y una firmeza absoluta. Eso llegó a desconcertar a los gamberros, que titubearon sin saber cómo reaccionar. Pero se dieron cuenta de las divertidas y expectantes miradas de sus compañeros y no tuvieron otra alternativa que echarse adelante.

Tom Smart pensó que era preferible cambiar de táctica con aquel fulano. Intercambió una rápida mirada con Murray y enseñó los dientes lobunamente.

—¿Cómo te llamas, tío? Lo digo por poner tu nombre en la lápida.

Garvin compuso una mueca.

—Hart Garvin.

—De acuerdo, Hart —cabeceó Smart—. Yo soy Tom y éste es Orson. Lamentamos tener que darte...

Hart Garvin levantó la diestra haciendo un brusco ademán.

—No gastes tanta saliva, Tom. Si lo que pretendes es sorprenderme vas listo.

Tom fingió asombro y miró a su compañero.

—Este tío se las sabe todas, Orson.

Murray emitió un gruñido.

—Pues deja de andarte por las ramas, Tom —reprochó ceñudo—. Saca la navaja y vamos a marcarlo antes de que los chicos piensen que le tememos.

—¿Temerle...?

—Sí, hombre.

—Anda, Tom —invitó risueño Garvin—. Saca la navaja como hiciste antes.

Tom Smart encogió los hombros.

—Como tú quieras, Hart.

Cambió una rápida mirada con su compañero y masculló:

—Venga ya, Orson.

Como hicieron frente a Madison, ambos movieron con rapidez las manos y en ellas aparecieron las navajas. El resorte hizo saltar las relucientes hojas aceradas.

El dueño del bar gimió atemorizado.

Smart y Murray empezaron a moverse con intención de coger a Garvin entre ellos. Pero de repente se encontraron atrapados por un

torbellino inexplicable. Dio la impresión de que un ciclón se les había venido encima.

Murray sintió que una zarpa de acero aterraba su muñeca y se la retorció con feroz salvajismo. Aulló de dolor dejando caer la navaja y en el instante siguiente salió volando por encima del mostrador.

Su cuerpo se estrelló contra una caja de madera llena de botellas y un ángulo de la caja se le clavó en los riñones cortándole el resuello.

El estrépito fue tremendo.

Y el dueño del bar tuvo que saltar a un lado para eludir el impacto del cuerpo de Murray, consiguiéndolo por los pelos.

Entretanto, Tom Smart se había quedado sorprendido y perdió unas décimas de segundo que fueron fatales para él. En el momento en que quiso reaccionar, ya era demasiado tarde para evitar la acción de aquel torbellino llamado Garvin.

Recibió un tremendo puñetazo en el entrecejo y retrocedió tambaleándose.

Estaba sacudiendo la cabeza intentando borrar aquella maldita nube roja que enturbiaba su visión, cuando Hart Garvin lanzó un patadón que se clavó violentamente en su bajo vientre. El dolor se hizo insoportable y comenzó a pegar saltos aullando.

En uno de los saltos lo alcanzó un zurdazo de Garvin y lo envió contra el asombrado grupo de gamberros a toda carrera y sin posibilidad de frenar su impulso.

Su mala suerte hizo que quedara aturdido a los pies de su jefe. Rich Talbot lo miró despectivo y le puso la suela del zapato en la boca para cortar sus alaridos.

Tom Smart se debatió desesperadamente intentando que llegara aire a sus doloridos pulmones.

Orson Murray había logrado ponerse en pie y gateaba sobre el mostrador dispuesto a saltarle encima a Garvin. Pero éste lo cogió del cuello antes de que lo hiciera y apoyándole el codo en el pecho lo lanzó contra la puerta.

Murray salió apresuradamente del bar.

Su salida fue tan veloz y espectacular que ni siquiera se entretuvo en abrir la puerta.

La destrozó a su paso.

Hart Garvin respiró profundamente y miró a su alrededor.

En el local se hizo un súbito silencio.

Todos los miembros de la pandilla miraban con clara hostilidad a Garvin. Todos, menos Marion Clyde. En las azules pupilas de la muchacha había un brillo de admiración que Hart Garvin no dejó de advertir.

La chica lo miraba abiertamente y Garvin hizo lo mismo detallándola con objetividad.

Vio a una muchacha de unos veinte años, atractiva, de rostro simpático por su naricita respingona y cuerpo con todas las curvas en los sitios adecuados. Sus rubios cabellos despeinados le caían airosamente sobre la frente. Lo único que desentonaba en ella era aquella cazadora con la faz del diablo pintada.

Hart Garvin esbozó una sonrisa sin apartar los ojos de la muchacha y ésta le soportó la mirada.

Mientras Garvin detallaba a Marion Clyde, se levantó Rich Talbot de su asiento y sin apresurarse fue hacia él. Caminaba con aplomo, seguro de sí mismo.

Cuando llegó a su altura se detuvo y lo miró de frente.

Hart Garvin aguardó tranquilo.

Después de una larga mirada silenciosa, torció Talbot los labios haciendo una mueca.

—Los chicos te han servido de diversión, ¿eh?

Garvin tardó unos segundos en responder.

—No deberías dejarlos jugar con navajas.

—¿Yo? —fingió asombro Talbot—. Esos chicos estaban enseñados cuando los recogí. Ahora me limito a dar órdenes señalándoles lo que deben hacer. Pero no puedo estar en todo lo que hacen.

Garvin dio una lenta cabezada sin apartar los ojos del jefe de la pandilla.

—Han tenido mucha suerte.

—¿Si?

—Estaban pidiendo a gritos que alguien les machacara las cabezas. Me he conformado con darles una pequeña lección para que aprendan lo que no deben hacer. Pero si insisten acabarán en un hospital.

Rich Talbot dejó escapar una risita.

—No creo que tengan ganas de volver a intentarlo. Tu nombre

es Garvin, ¿no?

—Hart Garvin.

—Yo me llamo Rich Talbot, Hart. ¿Te importa que salgamos fuera?

Garvin frunció el ceño.

—¿Se nos ha perdido algo fuera?

Talbot volvió a reír.

—Eres muy desconfiado, Hart.

—Por eso es muy difícil cogerme desprevenido, Rich. Pero si prefieres discutir en el exterior.

—Lo prefiero.

De soslayo observó Garvin que el rostro del dueño del bar era todo un poema. Brent les estaba pidiendo con una angustiada mirada que salieran al exterior y no acabaran de destrozarle el local.

Garvin movió levemente la cabeza y encogió los hombros indiferente.

—Tú delante, Rich. Yo te seguiré.

Rich Talbot dio una cabezada de conformidad y se encaminó a la salida seguido de Garvin.

Marion Clyde no dejaba de mirar intensamente a Garvin. Daba la impresión de que quería transmitirle un mensaje, pero Garvin no se preocupó demasiado.

Ya alcanzaban la puerta de salida cuando apareció el aturdido Murray a toda velocidad. Sin pensarlo dos veces se aferró a la cintura de Garvin y empezó a gritar:

—¡Ya lo tengo, Rich, zúrrale!

Pero Rich Talbot lo que hizo fue zurrarle a él. De un tortazo se lo quitó de encima a Garvin y éste no tuvo que sacudírselo.

Sin más interrupción salieron ambos del bar.

En el grupo de gamberros hubo un movimiento de excitación, pero ninguno se atrevió a moverse de allí. Confiaban en Talbot, a pesar de que Garvin había demostrado ser duro de vencer en una pelea.

Algunos miembros de la pandilla decidieron mirar por las ventanas porque iba a ser una pelea digna de ser presenciada.

CAPÍTULO V

Caminaron unos pasos alejándose de la fachada del bar. De pronto se detuvo Talbot airándose a Garvin. Dirigió una mirada a las ventanas del establecimiento asegurándose de que estaban a suficiente distancia para que sus amigos no escucharan lo que iban a hablar.

Entonces, dijo a Garvin:

—No puedes imaginarte la razón de haberte pedido que salgas de ahí.

Garvin encogió los hombros displicente.

—Pero me lo vas a decir, ¿no?

—Seguro que has pensado que íbamos a zurrarnos.

—Estoy preparado para lo que sea.

—Me consta —asintió Talbot—. Por eso quiero hablar contigo a solas, Hart.

Garvin compuso una mueca.

—Adelante, Rich.

Talbot guardó silencio unos segundos. Luego hizo un vago ademán señalando hacia el bar y empezó a decir con entonación monocorde:

—Esos que me acompañan son unos imbéciles. No me sirven para nada y si los aguanto es porque los utilizo como tapadera en algunos asuntos.

Garvin lo miraba fijamente a los ojos.

—¿Y eso qué me importa a mí?

—Tengo un buen asunto en las manos, Hart —dijo Talbot—. Pero necesito la ayuda de un tipo duro como tú. Puedo asegurarte que ganaríamos billetes largos.

Garvin sonrió con desgana.

—Quieres convertirme en uno de tus diablos rojos, ¿eh?

—Eso de los diablos rojos es una tontería. Lo que sucede es que a la mayoría de los muchachos de hoy en día les gusta llamarse diablos, panteras, gigantes y cosas así. Yo me limito a complacerlos y al mismo tiempo me aprovecho de su compañía.

—Ya.

—En realidad me son muy útiles, ¿sabes?

Hart Garvin dio una cabezada afirmativa.

—Me lo imagino.

—Ellos me sirven de tapadera, chico. La policía cree que somos una pandilla de gamberros nómadas que van en sus ruidosas motos de un lado para otro. Se meten con nosotros alguna vez, pero no huelen lo que interesa que permanezca en secreto.

—Comprendo.

—Sin embargo, esos chicos son unos imbéciles de los que no me puedo fiar. Hasta un mono es más listo que esos idiotas. Van como locos en sus máquinas y se creen jinetes bárbaros arrasándolo todo a su paso.

—Conozco a esa clase de gente. Cada uno de ellos es tan terrible como un nuevo Atila. Sobre todo cuando van en grupo.

Hubo una corta pausa en la que ambos se miraron al fondo de los ojos.

Garvin comentó:

—Todavía no me has dicho cómo podemos ganar billetes en cantidad, Rich.

—Tampoco me has dicho tú que aceptas, Hart.

Garvin torció los labios.

—No me gusta moverme entre tanta gente.

—Meterse en un grupo así tiene sus ventajas —rió bajito Talbot—. Pasas desapercibido y al mismo tiempo puedes pasar por la piedra a las chicas. Están muy orgullosas de ser mujeres liberadas.

—¿No sospechan que los estás utilizando?

—Ni hablar. Están convencidos que soy un fanático defensor de las libertades humanas.

—Pero a ti lo que te interesa es el dinero.

—Como a todo el mundo. Dime de alguien que no esté interesado en el dinero y conoceré a un bicho raro. Si te unes a mí podemos forrarnos, Hart.

Hubo una nueva pausa y preguntó Garvin:

—¿Drogas?

Talbot lo miró fijamente antes de responder.

—¿Y qué si fuera un asunto de drogas?

—Es peligroso.

—Peor es tener el bolsillo vacío, muchacho. —Rich Talbot suspiró hondo y después de una pausa, dijo: Te estoy ofreciendo participar de la buena vida, Hart. Chicas de calidad y al final un buen puñado de dólares. ¿Qué infiernos te ocurre?

Garvin tardó un poco en contestar.

—Soy desconfiado por naturaleza, Rich. Me gustaría estar seguro de que hago un buen negocio uniéndome a vosotros. Es lógico que desconfíe, ¿no?

Talbot volvió a suspirar.

—Ya te he dicho que necesito la ayuda de un tipo duro como tú, Hart. Es mucho trabajo para una sola persona y ninguno de éstos me sirve.

—¿Qué tendría que hacer si acepto?

—Venir con nosotros de un sitio a otro. Cuando llegue el momento yo te diré lo que debes hacer. Mientras tanto procura divertirte cuanto puedas.

—¿Qué pasará con los dos a los que he sacudido?

—Nada. Si yo decido que te unas a nosotros nadie lo discutirá. Soy el jefe y respetan mis decisiones. Tom y Orson te mirarán con recelo al principio, pero tendrán que fastidiarse y aceptarte.

Garvin se masajeó el mentón.

—Una pregunta, Rich.

—Venga.

—¿Cómo sabes que no soy de la policía?

Talbot se echó a reír.

—Puedo oler a un policía a cien millas de distancia y tú eres como nosotros, Hart.

Hizo un corto inciso y agregó en tono frío:

—Y en caso de serlo no saldrías vivo del grupo.

—Está bien, Rich —levantó los hombros Garvin—. Militaré en tus filas hasta que algo no me guste.

—No te arrepentirás, muchacho. Vamos a comunicarles a los otros que hay un nuevo miembro en la pandilla.

—Espera, Rich.

Talbot había iniciado la marcha hacia el bar, pero se detuvo girándose.

—¿Qué pasa?

—Las chicas.

—¿Qué ocurre con las chicas?

—Quisiera escoger compañera para el camino.

Talbot rió socarronamente y le dio un codazo.

—Es asunto tuyo convencer a la que te guste, Hart. No lo intentes con Olivia porque es mi chica.

—Me gusta la rubia de ojos azules y nariz respingona.

—No tienes mal gusto, Hart. Es Marion Clyde. Está emparejada con Orson y puedes tener problemas. Pero todos respetamos una regla; cada chica puede ir con quien quiera y ninguno tiene derecho a protestar.

—Estoy de acuerdo con esa regla. Es como debe ser.

—Si Marion te rechaza no podrás insistir. Eso forma parte de la regla.

Garvin dio una cabezada.

—Acepto el reglamento.

—Y antes de entrar voy a darte un par de consejos —dijo Talbot—. Si le quitas la chica a Orson aprovechará la primera ocasión que tenga para vengarse. Es un zorro traicionero que rara vez da la cara.

—Tendré cuidado con su navaja.

—El segundo consejo es respecto a Marion Clyde. Te dará trabajo si quieres pasarla por la piedra. Me consta que no lo ha conseguido ninguno del grupo.

Garvin esbozó una sonrisa.

—¿Ni siquiera tú?

—Olivia me arrancaría la piel si lo intento.

—De acuerdo, Rich —respondió Garvin—. Tendré en cuenta esos consejos.

—Entonces no hay más que hablar.

Ambos jóvenes se dirigieron al interior del bar.

Los miembros de la pandilla los miraron algo desconcertados. Para ellos habían salido al exterior con el firme propósito de liarse a puñetazos.

Y volvían tan amigos.

Garvin observó que Marion Clyde lo envolvía en una extraña mirada.

Tuvo el convencimiento de que la chica no iba a resultar muy difícil de conquistar.

CAPÍTULO VI

Hart Garvin no se equivocó en principio.

La rubia de los ojos azules abandonó la compañía de Orson Murray y prefirió viajar en la «Kawasaki» de Garvin. Murray se cansó de protestar, pero no consiguió hacerla cambiar de opinión.

Lo único que logró fue quedar en ridículo.

Cuando Talbot presentó a Garvin como un nuevo miembro del grupo, hubo algunas protestas. Las más airadas fueron las de Tom Smart y Orson Murray. Pero Talbot los convenció argumentando que Garvin sería un buen elemento cuando tuvieran que pelear con bandas rivales.

Finalmente, Garvin quedó integrado en el grupo.

Durante los tres días siguientes no ocurrió nada digno de mención. El grupo de motoristas se movió en dirección a San Diego, aunque sin ninguna prisa. Las paradas eran constantes y se pasaban horas enteras en cualquier bar de la carretera.

Garvin se equivocó en su convicción de que Marion Clyde no sería difícil de conquistar. La muchacha se mostraba amable con él, pero cortaba con firmeza todos los intentos para intimar que hacía Garvin.

Talbot observaba de vez en cuando al recién incorporado y sonreía guiñándole un ojo.

Las noches las pasaban a la intemperie. Hacía buen tiempo y cada uno llevaba su saco de dormir. Estaban charlando hasta bastante tarde y algunos fumaban «porros» y luego se iban a hacer el amor.

Garvin no pudo conseguir que Marion se fuera con él.

Aquello, en cierto modo, hería su amor propio.

No le gustaban las mujeres fáciles de conquistar, pero en aquel

caso, Marion se le resistía demasiado.

La chica cambiaba el rumbo de la conversación siempre que Garvin empezaba a insinuar que podían ir más lejos en la relación que mantenían. Pero apretaba sus turgentes senos contra la espalda de Hart cuando iban en la moto.

El juego le gustaba a Garvin.

Se decía que todo era cuestión de tiempo y que Marion Clyde acabaría cayendo como una fruta madura. Entonces, la victoria sería más sabrosa.

Mientras tanto, se dedicó a conocer mejor a los otros miembros de la pandilla. Aunque el primer día apenas le dirigieron la palabra, acabaron por acogerlo sin recelos. Sólo Tom Smart y Orson Murray siguieron mostrándose hostiles.

Después de todo era lógico.

Por eso no se preocupaba Garvin.

Durante aquellos tres primeros días se enteró de casi todo lo concerniente a la pandilla de jóvenes melenudos. Ninguno de ellos se preocupó de disimular sus salvajes modales y frenéticos apetitos sensuales.

Pensaban que al aceptarlo en el grupo se había convertido en uno más de ellos y por lo tanto no tenían nada que ocultarle.

A Garvin le fue bien para conocerlos mejor.

Dunn Lowe, un muchacho de rostro simpático y fuerte constitución física, parecía ser el más normal en apariencia. Tenía que resistir las provocaciones de la voluptuosa Flora Briscoe, que parecía no tener bastante con Jess Caddy.

Beatriz Vernon, una pelirroja con muchas pecas en la cara y gruesos muslos apretados por el pantalón vaquero, siempre estaba con Tom Smart. Dos veces habló con Garvin y la segunda, Tom estuvo a punto de abofetearla.

Rich Talbot tenía que mostrarse duro para mantenerlos unidos.

Garvin estuvo a solas con Rich en dos o tres ocasiones.

Pero éste no hizo ninguna mención al asunto de las drogas y Garvin decidió esperar a que fuese Talbot quien tocara el tema cuando quisiera.

En los tres primeros días que Garvin estuvo con el grupo, no sucedió nada de particular. Fue en el amanecer del cuarto día cuando ocurrió algo que iba a cambiarlo todo.

La tarde anterior se habían detenido junto a unos arbustos y Rich decidió que pasarían allí la noche. Estuvieron fumando «porros» y haciendo el amor hasta bastante tarde y luego se metieron en los sacos de dormir.

Garvin fracasó una vez más en su intento de llevarse a Marion al otro lado de los matorrales.

Todos se echaron a dormir con los sentidos embotados.

Y estaba amaneciendo cuando fueron bruscamente despertados por un alarido de terror.

Al principio ninguno comprendió lo que pasaba.

Garvin fue el primero en darse cuenta que el alarido había salido de la garganta de Marion Clyde. Siguió la mirada aterrorizada de la chica y comprendió su chillido de espanto.

Orson Murray presentaba un aspecto terrible.

Su cuerpo colgaba fláccido del manillar de su máquina. Tenía un alambre rodeándole el cuello y se había hundido tanto en la carne, que casi estaba decapitado.

De su boca desencajada asomaba la lengua larga y amoratada, torcida a un lado del rostro. Los ojos parecían a punto de caer al suelo.

No hacía falta ser un lince para saber que estaba muerto.

CAPÍTULO VII

Los primeros momentos fueron de tremenda confusión. Todos gritaban excitados, nerviosos, espantados. Rich Talbot tuvo que mostrarse enérgico para cortar el histerismo colectivo.

Sobre todo con las aterrorizadas muchachas.

Finalmente consiguió que se calmaran un poco.

Garvin cortó el alambre que sostenía a Murray colgando de la máquina y ayudado por Jess Caddy depositó el cadáver en el suelo. Cuando se incorporaba vio a Tom Smart que lo miraba con el semblante lívido.

—Estarás satisfecho de tu obra, canalla.

Garvin acabó de levantarse y se enfrentó a Smart sin perder la calma.

—No saques conclusiones precipitadas, Tom.

—¡No son conclusiones precipitadas, cerdos! —chilló Smart con las facciones crispadas—. ¡Ninguno del grupo tenía motivos para asesinar a Orson!

Garvin movió la cabeza de un lado a otro.

—Yo tampoco, Tom.

—Te peleaste con él.

—¿Y qué?

—También le quitaste a Marion.

—Exacto, muchacho —asintió Garvin—. Yo le di una zurra y le quité la chica. Orson tenía motivos para intentar matarme a mí. Pero yo no tenía ninguna razón para liquidarlo a él.

—Conozco a los tipos de tu calaña, Garvin. Sois unos sádicos siempre dispuestos a matar.

Hart Garvin lo miró fríamente.

—Si alguna vez he matado ha sido de frente, Tom —avisó con

helada entonación—. Si tan seguro estás que he asesinado a tu amigo, saca la navaja y vamos a ventilar el asunto ahora mismo.

Tom Smart palideció intensamente.

Durante unos segundos no supo qué decir. Advirtió que todas las miradas se habían clavado en él. Sus compañeros parecían desear una violenta reacción de su parte. Tras vacilar brevemente, compuso una mueca sardónica.

—Te gustaría acabar conmigo también, ¿no?

—En todo caso sería cara a cara.

—¡Basta ya, infiernos! —estalló Rich Talbot interponiéndose entre los dos—. ¿Es que os habéis vuelto locos? Aquí no va a pelear nadie.

Después de las palabras de Talbot hubo un tenso silencio que ninguno se atrevió a romper.

Hasta que Garvin lo hizo.

—Tom me acusa de haber matado a Orson, Rich. Si sabe algo concreto que lo diga.

Talbot puso la mirada en Smart.

—Adelante, Tom —invitó con un ademán—. ¿Tienes pruebas para demostrar la culpabilidad de Garvin?

—Garvin ha sido el último en llegar, Rich. No sabemos de dónde viene ni quién es.

—Eso no significa nada. Si tienes alguna prueba que convierta a Garvin en culpable debes decirla.

—Si no estáis dispuestos a creer que...

—¡Pruebas, Tom!

—Bueno... —empezó vacilante Smart—. Anoche estaba demasiado cargado para darme cuenta de nada. Pero estoy seguro que ha sido él.

—Eso no vale, Tom —rebatía seco Talbot—. Cualquiera de nosotros ha podido matar a Orson. Si no tienes pruebas, cierra la boca de una cochina vez.

Tom Smart se mordió furioso los labios.

Olivia Warren se aproximó temblando a Talbot y lo enlazó del brazo.

Con un hilo de voz, sugirió:

—Habría que avisar a la policía, Rich. Si descubren...

Talbot la miró desdeñoso.

—Nadie va a descubrir nada, nena. A Orson no le importará que lo entierremos nosotros junto a esos pinos en vez de llevarlo al depósito y que lo entierren oficialmente, cuando los médicos se hayan cansado de destrozar su cuerpo, Me parece que eso no le gustaría.

Jess Caddy lo miró un tanto sorprendido.

—¿No piensas comunicar a la policía la muerte de Orson?

—¿Qué ganaríamos haciéndolo, Jess?

Caddy encogió los hombros.

—No lo sé.

—Tendríamos más problemas de los que queremos.

Dunn Lowe terció comentando:

—La ley dice que un hecho así hay que comunicarlo, Rich.

—¿Y quién dice que debemos respetar una ley que no hemos hecho nosotros? —replicó brusco Talbot—. Si lo enterramos como es debido, nadie encontrará su cadáver.

Hizo una pausa, y como ninguno opinó en contra, agregó:

—Pero antes quiero que cada uno de vosotros me diga dónde pasó la noche. No hay duda que a Orson lo ha matado uno del grupo y debemos hacer lo posible por descubrir el canalla que lo ha hecho.

Hart Garvin dejó escapar una suave risita.

—¿Vas a interpretar el papel de policía, Rich?

Talbot ladeó la cabeza mirándolo interesado.

—¿Tienes inconveniente en que lo haga, Hart?

Garvin le soportó la mirada largamente sin demostrar ninguna intranquilidad.

—No me importa —acabó encogiendo los hombros—. Pero no creo que consigas nada positivo.

—Eso lo veremos al final, Hart.

—De acuerdo.

Talbot chasqueó la lengua ante la indiferencia que no se molestaba en ocultar Garvin.

—Escucha, Hart —suspiró un tanto furioso—. Acostumbran decir que los melenudos motorizados somos una plaga peligrosa para la sociedad. Nos tienen catalogados de salvajes, indeseables, cobardes y bárbaros.

Garvin emitió una risita.

—Conozco la canción, Rich. Algo así como si Atila cabalgara de nuevo.

—Exacto —asintió Talbot—. Pero digan lo que digan tenemos nuestras reglas y todos las respetamos. Una de esas reglas es que nunca nos mordemos los lobos de una misma camada.

—Comprendo.

—Por eso es importante descubrir al criminal que ha eliminado a Orson. Cuando lo hayamos encontrado le daremos lo que merece.

—Me parece muy bien, Rich. Lo único que digo es que vas a sudar tinta para encontrarlo.

Talbot hizo una pausa intencionada y sin apartar la mirada de Garvin, propuso:

—¿Qué te parece si empiezas tú, Hart? A todos nos gustaría saber dónde pasaste la noche.

Garvin no se inmutó porque todas las miradas se clavaran en él. Dueño de sí mismo, preguntó:

—¿Por qué yo el primero?

—Eres el último que ha llegado al grupo.

—Dijiste que eso no importaba, Rich.

En las pupilas de Talbot hubo un fugaz destello de incontenible furia.

Sus siguientes palabras sonaron frías.

—Supongamos que he cambiado de opinión.

Garvin seguía tranquilo.

Paseó la mirada por los restantes miembros de la pandilla, y contestó despacio:

—¿Qué pasa si me niego a decirlo, Rich? A lo mejor es un secreto que no me interesa descubrir.

Todos empezaron a mirarlo con hostilidad.

Después de hablar Garvin, se hizo un profundo silencio que empezó a parecer interminable. Algunos componentes del grupo miraron a Talbot esperando de éste una violenta reacción que no se producía.

Las pupilas del jefe de la pandilla fulguraron puestas en Garvin con dureza.

—Vas a tener problemas si te niegas a colaborar, Hart. Y no te conviene.

—Correré el riesgo.

—Te aconsejo que hables.

—No, Rich —sacudió la cabeza Garvin—. Nunca permito que se metan en mi vida privada.

—Ahora estás en una comunidad y existen unas reglas.

—No me importan las reglas. Tú me invitaste a formar parte del grupo, pero puedo irme si lo deseas. No tengo ningún interés en quedarme.

Talbot dejó escapar un resoplido.

—¿A qué viene esa terquedad, Hart?

—Tómalo como una cuestión de amor propio, Rich.

—Maldita sea... Te estás convirtiendo en sospechoso ante todos.

—Ese problema es vuestro.

—Y tuyo también, Hart. No te favorece.

Garvin levantó los hombros.

—Deja que decida yo lo que me favorece.

—Mira, Hart, si no puedo convencerte...

En aquel momento se escuchó una firme voz femenina:

—Yo diré dónde estuvo Garvin anoche.

Talbot respingó sorprendido y se giró hacia Marion.

Los otros también la estaban mirando extrañados.

Era ella la que había hablado.

Y después de una corta pausa, siguió diciendo con pasmosa serenidad y firmeza:

—Hart ha pasado la noche conmigo, chicos. ¿Hace falta que diga lo que estuvimos haciendo?

CAPÍTULO VIII

Hart Garvin bebió un trago de cerveza y con lentos ademanes depositó la jarra sobre la mesa. Miró inexpresivamente a Marion y haciendo un gesto, invitó calmoso:

—Ya puedes hablar, cariño.

En el rostro de Marion Clyde se reflejó una sorpresa que no podía pasar por sincera.

—No sé a qué te refieres, Hart. Si crees...

—Lo sabes de sobra —la cortó él con un brusco ademán—. No sigas fingiendo.

—Escucha, Hart...

—¿Por qué has dicho esta mañana que anoche estuve haciendo el amor contigo?

Las mejillas femeninas se encendieron.

—No fue eso lo que dije.

—Pero lo diste a entender que es lo mismo. Todos pensaron que pasamos la noche retozando.

Marion se mordió el labio y guardó silencio.

Ni siquiera había probado su bebida. Súbitamente levantó la cabeza y miró de forma extraña al joven. Después de una leve sonrisa, dijo:

—Quizá es que lo deseaba tanto que acabé por creerlo yo misma, Hart.

Garvin se quedó de muestra unos instantes. Luego sacudió la cabeza chasqueando la lengua.

—A otro chuchito con ese hueso, nena. Lo he intentado dos o tres veces y siempre me encontré frente a una muralla.

Marion acentuó la sonrisa.

—En la próxima ocasión prueba a tocar la trompeta. Dicen que

dio resultado en Jericó.

Garvin no suavizó en absoluto la dureza de sus facciones a pesar de la sonrisa de ella. Con brusquedad en la entonación, advirtió:

—No soporto que me tomen el pelo, cariño. ¿Vas a decirme por qué le mentiste a Rich?

Marion le soportó la mirada unos segundos y terminó levantando los hombros.

—No creo que tú hayas matado a Orson.

—¿Por qué?

—No eres de esa clase de tipos.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Recuerda que Rich no consiguió descubrir al asesino con su interrogatorio. Cualquiera del grupo ha podido ser.

—Tú no lo has hecho, Hart —respondió con firmeza Marion Clyde—. Dije que habías estado conmigo para sacarte del compromiso. Eso es todo. Pero tú no desmentiste mis palabras a pesar de todo.

—No lo estimé oportuno.

—Ya.

Hubo un corto silencio y Marion sacudió la cabeza sonriendo.

—El tonto de Rich y su interrogatorio. ¿Qué esperaba sacar haciendo de policía? Todos sabíamos que no averiguaría nada.

—Pero se mantendrá alerta desde ahora —dijo Garvin—. En realidad, todos estaremos pendientes de los movimientos del grupo.

—Eso no devolverá la vida al pobre Orson. ¿Quién crees tú que lo hizo?

Garvin encogió los hombros.

—Soy nuevo en la comunidad y no estoy al corriente de posibles rencillas particulares. Para mí todos sois sospechosos, hasta que se descubra al que lo hizo.

Marion ladeó la cabeza y miró burlonamente a su compañero de grupo.

—¿También yo, Hart?

El joven contestó con rapidez:

—Si te sirve de algo, no creo que lo hicieras tú, Marion. Y si quieres otra opinión particular mía, te diré que estás fuera de lugar con esa gente. No eres la clase de chica que quieres hacernos creer.

Marion se puso súbitamente seria.

—¿Es lo que piensas de mí?

Garvin se tomó unos segundos para responder.

—Estoy seguro de que tienes una buena formación moral.

—He sido criada en un ambiente refinado, Hart. Hasta que descubrí mucha hipocresía a mi alrededor.

Garvin hizo un ademán indiferente.

—Es posible que sea eso que dices.

De nuevo se hizo una pausa y otra vez la rompió ella, cambiando el rumbo de la conversación:

—En mi opinión debimos informar a la policía del asesinato de Orson.

—¿En qué hubiera beneficiado eso a vuestro amigo?

—A él en nada. Pero si la policía descubre el cadáver lo pasaremos mal.

—Es casi imposible que puedan encontrarlo —chasqueó Garvin la lengua—. Lo enterramos bastante hondo y la gente que va por aquellos parajes es más bien escasa. No debemos preocuparnos por eso.

Hubo un nuevo inciso.

Garvin terminó su cerveza y Marion bebió un sorbo del zumo de melocotón con unas gotitas de ginebra que había pedido. De pronto miró al joven vivamente.

—Hart...

—Dime.

—¿Para qué supones que nos ha citado Rich aquí?

—No tengo ni la menor idea.

—Es extraño, ¿no?

—Rich Talbot es un tipo raro, cariño. Tendremos que esperar para saber lo que quiere.

—Me tiene intrigada.

—Ten paciencia.

Sin embargo, Garvin había estado pensando en lo mismo que ella.

Aquella mañana, cuando Rich Talbot se cansó de interrogar a todos los miembros de la pandilla sin sacar nada positivo de su indagación, se dirigió a él y le pidió que se fuera a San Diego con Marion.

Garvin no ocultó su sorpresa y Talbot se limitó a decirle que

aquello formaba parte de un plan que debían llevar a cabo. Le dio las señas del bar de San Diego donde él y Marion tenían que esperarlo y no quiso ser más explícito.

A los restantes miembros de la pandilla se limitó a decirles que ellos debían esperar fuera de la ciudad.

Garvin y Marion se hallaban ahora ocupando una mesa situada en uno de los extremos de la sala del bar. Se trataba de un establecimiento de escasa categoría con una extravagante clientela.

Escasa en aquellos momentos.

Después de meditarlo, dijo Garvin:

—Espero que Rich no venga con misterios.

* * *

Rich Talbot se presentó en compañía de Olivia, con más de media hora de retraso sobre la hora que habían fijado. Tomó asiento junto a Garvin y dirigiéndose enseguida a las chicas, dijo:

—¿Por qué no vais a empolvaros la nariz?

Olivia hizo un mohín de disgusto.

—Tengo la garganta seca, cariño. Déjame beber un trago antes.

—Luego —masculló Talbot, moviendo la cabeza—. Ahora tengo que hablar a solas con Hart.

Olivia encogió los hombros resignada. Hizo una señal a Marion y ambas muchachas se dirigieron a los servicios. Antes de irse, Marion clavó en Garvin una inquisitiva mirada, que el joven ignoró.

Tan pronto se quedaron solos, dijo Talbot:

—Ha llegado la hora de la verdad, Hart.

—¿A qué verdad te refieres?

—Tienes que someterte a una prueba, Hart. Es obligado antes de seguir adelante.

—¿En qué consiste esa prueba?

—Verás... —titubeó levemente Talbot—. Es preciso quitar de la circulación a una chivata.

—¿Quiere decir eso que debo matar a una mujer?

—Exacto.

CAPÍTULO IX

Hart Garvin procuró no exteriorizar la sorpresa que sentía por lo que acababa de escuchar. Se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió con lentos movimientos. Talbot escrutaba su rostro atentamente, pero él continuó silencioso.

Poco después observó que Talbot se impacientaba.

Y finalmente le preguntó con manifiesta brusquedad:

—¿Qué contestas?

Garvin puso en él una inexpresiva mirada.

—En mis cálculos no entraba tener que matar a nadie. Tampoco tú me dijiste que tendría que hacerlo.

—Las, cosas han cambiado.

—¿En qué?

—Debo estar seguro de que no eres un policía, Hart.

—¡Vaya, hombre! Hace tan sólo unos días podías oler a un policía a cien millas de distancia. ¿Te has resfriado de repente, Rich?

Talbot emitió un gruñido.

—Voy a dejarme de rodeos, Hart —empezó a decir calmoso—. Puedes estar con nosotros un par de años y retirarte con los bolsillos llenos a un pequeño país del Caribe. En esos lugares saben vivir la vida. Pero antes debes darnos una prueba de que podemos confiar en ti.

Hizo un corta pausa y agregó:

—Puedes imaginarte que yo no soy el jefe del tinglado de las drogas.

Garvin dio una lenta cabezada afirmativa.

—Lo había supuesto.

—Entonces comprenderás que lo de cerrar la boa a la chivata no

es idea mía. El jefe es un tipo inteligente y no se fía de mi olfato. Quiere asegurarse que no perteneces a los fisgones de narcóticos.

—Y para convencerlo tengo que liquidar a una mujer.

—Eso es —cabeceó gravemente Talbot—. Tal como están las cosas, no tienes otra alternativa que tomarlo o dejarlo. Es como lo vemos nosotros.

Garvin aplastó la colilla del cigarrillo en el cenicero y permaneció unos instantes en actitud reflexiva. Luego inquirió con fría entonación:

—¿Qué pasará si me niego?

Su interlocutor meditó un poco la respuesta.

Luego sonrió con frialdad.

—Lo primero es que serías dado de baja en el grupo.

—¿Y después?

Talbot lo miró al fondo de los ojos.

—Lo que pueda ocurrirte después no es cosa mía, Hart. Te aseguro que no lo sé.

—Comprendo —asintió Garvin—. Eso es cosa del jefe, ¿no?

En vez de contestar directamente, Rich Talbot dio un manotazo al aire y compuso una mueca de fastidio.

—¿Qué diablos te pasa, chico? Se te presenta la oportunidad de ganar dólares en cantidad y pretendes tirarla por la borda. Tú no eres de la clase de tipos que se detienen ante cualquier obstáculo.

—Estamos hablando de matar a una persona, Rich.

—¿Y qué?

—Nunca he matado... a una mujer.

—¿En qué se diferencia una mujer de un hombre? Si le preguntas a una feminista, te dirá que las mujeres tienen idéntico derecho que los hombres a morir.

Garvin se masajeó pensativo el mentón. Resultaba evidente que las razones de Talbot no le gustaban en absoluto. Tardó unos instantes en tomar una decisión, pero finalmente movió la cabeza en sentido afirmativo.

—De acuerdo, Rich.

Talbot rió bajito.

Después puso la mano en el hombro de Garvin y aseguró:

—Sabía que podíamos confiar en ti, chico.

—Pues yo acabo de saberlo ahora mismo.

—Voy a explicarte el asunto antes de que vuelvan las chicas, Hart. Todo es muy sencillo.

CAPÍTULO X

—Una de las chicas se llama Pamela. Quiero que me atienda ella.

La mujer que estaba detrás del pequeño mostrador miró picarescamente a Garvin. Era una exuberante rubia con largo escote en forma de uve y con unos enormes senos que pugnaban por salir al exterior. Garvin pensó que quedarían en libertad si la rubia se movía un poco.

Como adivinando sus pensamientos, dijo ella:

—Usted no es de esos jóvenes que se escandalizan con facilidad, ¿eh?

Garvin puso en la rubia una fría mirada.

—Soy de la clase de jóvenes que no pierden el tiempo. Avise a Pamela.

—Todas nuestras masajistas son muy buenas, joven. Si quiere que...

—Quiero ser atendido por Pamela —la cortó Garvin secamente—. Sólo tiene que decirle que me llamo Benson y procedo de Reno.

La rubia lo miró ahora atentamente.

Garvin descubrió sorpresa y recelo en las pupilas de la recepcionista del salón de masajes para hombres activos. De su rostro desapareció la sonrisa insinuante que había mantenido hasta entonces y en tono adusto, comentó:

—Usted no es el de otras veces.

—Eso salta a la vista.

—¿Puedes decirme la hora que tienes?

Aquella era la contraseña establecida y Garvin había recibido concretas instrucciones de Talbot. Sin apartar la mirada de la mujer, respondió:

—Mi reloj se paró a las ocho y diez.

—¿No piensa arreglarlo?

—El tiempo continúa aunque el reloj se detenga.

—Está bien —asintió la rubia después de recibir las respuestas correctas a sus preguntas—. Entre por ese pasillo y llame a la puerta once. Pamela lo está esperando.

Garvin miró hacia donde indicaba la rubia. Vio un pasillo tenuemente iluminado por indirectas luces rojas. Aquello daba la impresión de ser un burdel en vez de un salón de masajes. Pero ambas cosas se complementaban en aquel caso y Garvin lo sabía por Talbot.

Sin decir nada a la rubia, se adentró en el corredor.

Había puertas a ambos lados y los números aparecían sobre ellas pintados en semiesferas luminosas. Se detuvo frente a la puerta marcada con el once y respiró hondo titubeando levemente.

No le gustaba en absoluto lo que iba a hacer.

Finalmente llamó con los nudillos.

La puerta se abrió de inmediato y Garvin se encontró frente a una joven morena de exótica belleza. No tendría más de veinte años y su cuerpo era venusino. Ella lo examinó brevemente y enseguida se hizo a un lado.

—Pasa.

Garvin se adelantó entrando sin recelo en la iluminada sala, pero sus pupilas se movieron en todas direcciones precavidamente. No vio nada extraño, excepto que aquello distaba mucho de ser una sala de masajes. A pesar de las blancas paredes y de la mesa alargada que había en uno de los ángulos de la estancia.

La muchacha morena cerró la puerta y acudió a su lado con lento movimiento de caderas. Mirando descaradamente a Garvin, aseguró:

—Me gusta que hayas venido tú en lugar de Rich.

Garvin dio por descontado que la rubia de la entrada ya le había avisado de alguna forma. Pero a pesar de las insinuantes palabras de acogida, se mostró frío.

—¿Sí?

—Eres muy apuesto.

—Será que me ves con buenos ojos.

La morena se contoneó en torno a él sin dejar de examinarlo con vivo descaro. Luego entreabrió los labios dejando asomar la puntita

de la lengua e insinuó:

—Hay ocasiones en las que se pueden mezclar el trabajo y el placer.

—Eso siempre trae malas consecuencias.

La morena sonrió y acercándose a Garvin puso las manos en sus hombros.

—A veces vale la pena correr el riesgo.

El joven le sujetó las muñecas y apartó los brazos femeninos con firmeza.

—Rich me está esperando fuera.

—Déjalo que espere.

—Le he dicho que saldría enseguida.

—No te preocupes, chico. Rich tiene paciencia y comprenderá tu tardanza.

—No quiero hacerle esperar.

Ella compuso un mohín de fastidio.

—Si él estuviera con su gatita, no le importaría que tú esperaras.

—Pero yo no estoy con mi gatita.

—Eres un tipo difícil, ¿eh?

—He venido a buscar un paquete, Pamela —masculló Garvin en tono áspero—. No pierdas el tiempo conmigo.

La morena abanicó las pestañas y ladeó la cabeza bastante extrañada.

—Cualquiera diría que temes contagiarte, chico —exclamó con entonación incrédula—. ¿Acaso no estoy lo suficientemente bien para ti?

Garvin suspiró hondo impacientándose.

—Dame el paquete de una vez, Pamela. Me estás exasperando y eso no te va a beneficiar.

Ella estuvo unos instantes mirándolo a los ojos y terminó encogiendo los hombros.

—Tú te lo pierdes, encanto.

Sin decir nada más se dirigió a un armario con puertas de cristales y sacó de él un paquete rectangular con envoltura de plástico.

Volvió junto a Garvin y se lo entregó.

—Aquí lo tienes —dijo despectiva—. Ya puedes irte con tu jefe.

Garvin cogió el paquete con la mano izquierda y estuvo

sopesándolo en silencio unos segundos. Luego llevó la mano derecha al bolsillo trasero del pantalón y apartando el faldón de la cazadora sacó una pistola.

Con rostro inexpresivo apuntó a la morena.

Ésta se puso intensamente pálida. Abrió los ojos llena de asombro y sintió un nudo en la garganta. Tuvo dificultad para poder murmurar:

—¿Qué... pretendes?

Garvin adelantó el mentón sonriendo fríamente.

—Te has pasado de lista, Pamela. Es una lástima que debas morir en plena juventud, pero tengo orden de cerrarte la boca para siempre.

—¡Espera...! ¿Tú...?

—Lo siento, nena.

Y Garvin apretó el gatillo sin mover ni un músculo del rostro.

La detonación sonó atronadora.

Pamela, con los ojos desorbitados por el horror, saltó hacia atrás empujada por la fuerza del proyectil. Cayó de rodillas emitiendo sonidos incoherentes mientras en el centro de su pecho empezaba a agrandarse una mancha escarlata.

Desesperadamente buscó un asidero en el aire.

Garvin no esperó a que su cuerpo llegara al suelo.

Sosteniendo en la zurda el paquete envuelto en plástico, y en la derecha la pistola aún humeante, abandonó a toda prisa la estancia.

Debía salir de allí sin pérdida de tiempo.

Avanzó a grandes zancadas por el pasillo en dirección a la salida. Algunas puertas se abrieron, pero rápidamente se volvían a cerrar cuando lo veían empuñando la pistola. Nadie tenía deseos de meterse en líos.

Garvin llegó junto a la rubia de recepción y se dio cuenta de que el terror la tenía inmovilizada detrás del mostrador. Con una mueca salvaje le puso el cañón de la pistola junto a la sien derecha y mascullo torvo:

—Puedes imaginarte lo que le ha ocurrido a esa maldita soplona, ¿no?

La rubia movió la cabeza en sentido afirmativo.

Y Garvin añadió con feroz entonación:

—Si le das algún dato mío a la policía, volveré para volarte esa

linda cabecita rubia, ¿me has entendido?

La mujer ni siquiera tuvo tuerzas para responder.

El terror la tenía paralizada.

Garvin se desentendió de ella y salió a la calle guardando la pistola antes de pisar la acera. Talbot lo estaba esperando con la moto en marcha y Garvin subió detrás.

Antes de poner la máquina en movimiento, indagó Talbot:

—¿Todo ha salido bien?

—Como se había planeado —asintió Garvin dando una brusca cabezada—. Esa fulana no hablará más.

—Buen chico —sonrió Talbot—. ¿Ves como no era tan tremendo?

—Tampoco ha sido una fiesta.

—Se lo tenía merecido, por chivata.

Garvin masculló una maldición.

—¿Estás esperando a que venga la policía?

Talbot lanzó una carcajada y dando gas partió a toda velocidad.

CAPÍTULO XI

—¿Qué habéis estado haciendo?

Hart Garvin chasqueó la lengua.

—Lo que ignores no puede hacerte daño, Marion. Déjalo tal como está.

—Yo te ayudé cuando estabas en un apuro.

—Y ya me lo estás echando en cara —refunfuñó Garvin—. No es conveniente aceptar favores de una mujer, porque automáticamente te conviertes en su esclavo. Mi padre decía...

Marion lo cortó con sequedad:

—No quiero saber lo que decía tu padre, Hart. He preguntado lo que habéis estado haciendo por pura curiosidad. Me tiene sin cuidado que me lo digas o no.

—Pero te enfadas si no te lo digo.

—Lo que me ha molestado ha sido tu forma de contestar. No hace falta que me digas nada.

Garvin suspiró hondo.

—Entonces no te lo diré, nena. Es mejor para ti.

—Nadie tiene que decirme lo que es mejor para mí, Hart.

—Estás nerviosa, nena —dijo calmoso Garvin—. Y lo peor es que yo no estoy en mi mejor momento. ¿Vamos a calmarnos?

Después de las palabras de Garvin, los dos guardaron silencio.

El joven estaba tumbado en la hierba con la mirada perdida en el cielo lleno de estrellas. Marion se encontraba sentada a su lado y sus dedos jugaban distraídamente con una pequeña brizna de hierba.

Sobre ellos, la luna ponía reflejos plateados en todo cuanto los rodeaba.

A instancia de Marion se habían apartado de sus compañeros

después de una cena frugal. Cuando se hubieron alejado lo suficiente, dijo ella que era para cubrir las apariencias. Garvin contestó que eso no le preocupaba en absoluto, aunque le gustaba que estuvieran allí a solas.

Marion se apresuró a poner en claro que aquello no significaba nada y que las relaciones entre ellos continuarían siendo las mismas. Luego empezó a hacer preguntas, pero el joven se mostró reacio a hablar.

Después de la corta charla inicial, se había establecido un silencio que ninguno de los dos rompía.

Garvin no tenía interés en hacerlo.

Su mente repasaba lo ocurrido desde el momento en que huyeron de la casa de masajes. Después de recoger a Marion y Olivia se reunieron con los restantes miembros del grupo y abandonaron San Diego en las máquinas.

Hasta que se hizo de noche estuvieron rodando en dirección al norte. Talbot había dicho que durante la tarde no se pararían en ningún bar de la carretera.

Tom Smart y Jess Caddy habían protestado la decisión de no detenerse, pero Talbot se impuso alegando que debían alejarse cuanto pudieran de San Diego.

Hacía más de media hora que había oscurecido cuando Talbot, que abría la marcha con su máquina, se desvió por una carretera de segundo orden y buscó un lugar donde acampar.

Lo encontró junto a unos pequeños abetos y avisó que nadie encendiera fuego como hacían algunas veces. La fogata atraería a cualquier patrullero que rondara por allí y no les interesaba llamar la atención.

Al decir esto último había mirado significativamente a Garvin y éste comprendió a lo que se refería. La policía de San Diego estaría buscando al asesino de Pamela.

Sin embargo, no hizo ningún comentario.

Pero repasando punto por punto todo lo ocurrido, había una cosa que intrigaba a Garvin. Antes de recoger a Marion y Olivia, él le había entregado a Rich el paquete que presuntamente contenía drogas, y ya no volvió a verlo.

El paquete desapareció como por arte de magia.

Estaba seguro que Talbot no pudo entregarlo a nadie que no

fuera del grupo. Y era evidente que no confiaba en sus «diablos». Por lo tanto debía descartar la posibilidad de que el paquete estuviera en poder de uno de los muchachos.

Y Talbot tampoco lo llevaba encima.

Garvin estaba dispuesto a jurar que ni siquiera lo llevaba camuflado entre sus escasas pertenencias. Rich Talbot no iba a ser tan estúpido como para exponerse a que fueran sorprendidos por un patrullero y que éste encontrara el paquete en su poder.

¿Dónde infiernos estaban las drogas?

Por más que pensaba no lograba adivinar dónde se hallaba el paquete.

—Hart...

La llamada de Marion lo sacó de su abstracción. Apenas fue un susurro.

Sacudiendo levemente la cabeza regresó al momento actual.

—¿Sí...?

—Das la impresión de estar pensando en algo muy importante.

Garvin tardó un poco en contestar.

—Admiraba la belleza de ese cielo lleno de estrellas. Cada una de ellas es un mundo que...

—No hace falta que te escapes, Hart.

El joven ladeó la cabeza y la miró.

—No te entiendo.

—Me entiendes muy bien, chico. Lo que pasa contigo es que desconfías de cuanto te rodea.

Hubo una corta pausa y agregó Marion en tono más suave:

—A pesar de que tú no confías en mí, quiero darte un buen consejo, Hart. En el fondo no me pareces la clase de persona que aparentas ser.

Garvin sonrió burlón.

—No te fíes nunca de las apariencias, nena.

—Contigo correré el riesgo, Hart.

—Está bien —asintió Garvin—. Adelante con ese consejo.

Marion permaneció unos segundos en silencio. Luego comenzó a decir cautelosamente:

—Haces mal si te lías en algún asunto con Rich, Hart. Acabarías bastante perjudicado.

Garvin respingó sorprendido.

Se incorporó a medias apoyándose en los codos y miró extrañado a la muchacha.

—¿A santo de qué dices eso, Marion?

—Acepta el consejo y no te preocupes de nada más.

El joven escrutaba atentamente el semblante de la chica.

Dejó transcurrir unos segundos y a continuación sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Tu respuesta no es satisfactoria, Marion —dijo con fría entonación—. Prefiero conocer las razones que tienes para hablar así.

Ella encogió los hombros.

—A lo mejor es que me caes bien.

—Sin evasivas, Marion.

—Lo siento. De momento sólo puedo darte el consejo —dijo con firmeza la muchacha—. Y harás bien en seguirlo... si aún estás a tiempo.

Garvin esperó unos instantes y luego comenzó a levantarse sin quitar los ojos de ella.

—Voy a presionarte hasta que digas la verdad, Marion. Vas a decirme lo que sepas de Rich Talbot o tendré que utilizar métodos que no te gustarán en absoluto.

En las pupilas femeninas hubo sorpresa por la frialdad que había en la entonación del joven.

—No te creo capaz...

—¡Al grano, Marion! —la cortó brusco Garvin—. ¿Qué sabes tú de Rich?

La muchacha vaciló impresionada por la dureza que no esperaba por parte de Garvin.

—Bueno..., en realidad no es que tenga algo concreto contra Rich.

—Pero me estás aconsejando que no trate con él, ¿no? Tienes que decirme lo que sepas de Rich o me voy a enfadar contigo, nena.

Marion se pasó la punta de la lengua por los labios. Miró fijamente a Garvin, arrepentida de haber empezado a hablar, y terminó por decir lentamente:

—Sólo puedo decirte algo que me comunicó Orson hace unos días, Hart.

—Eso me sirve. ¿Qué fue lo que te dijo Orson?

—Que la policía andaba detrás de Rich y que no tardarían en atraparlo. Me aseguró que estaba haciendo cosas que iban a perjudicarnos y que a Rich no le importaba. Orson deseaba marcharse del grupo.

—¿Por eso lo mataron?

—No estoy segura que ése fuera el motivo.

—Pero no es descabellado pensar que lo fuera.

—Desde luego.

—¿Cómo se enteró Orson de lo que hace Rich?

—No lo sé.

—Marion...

—¡Te juro que no lo sé!

Hubo un corto silencio después de la protesta de Marion.

Garvin acabó moviendo la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien —dijo—. Por ahora dejaremos las cosas tal como están.

Pero entonces se escuchó una severa voz muy próxima a los dos jóvenes:

—De eso nada, Hart. Yo quiero que las cosas se pongan en claro ahora mismo.

Marion y Hart giraron la cabeza sorprendidos.

Y vieron que Rich Talbot apartaba unos matorrales echando a andar en dirección a ellos.

Hart Garvin crispó los maxilares y recriminó:

—No me gusta que anden espiándome, Rich.

Talbot se detuvo frente a ellos y adelantó el mentón riendo lobunamente.

—Es el mejor sistema para enterarse de las cosas que nos interesan, Hart.

Antes de que Garvin pudiera contestar desvió la mirada hacia Marion y añadió:

—Sigue con lo que te dijo Orson, muñeca.

Las pupilas de Marion llamaron puestas en él.

—He dicho todo lo que tenía que decir, Rich. Y me parece que llevabas escondido el tiempo suficiente para haberte enterado de todo.

Talbot sonrió fríamente.

—Esto es un conato de rebelión, ¿eh?

Garvin intervino entonces y dando un paso al frente se interpuso entre la muchacha y el peligroso Talbot.

—Marion es asunto mío desde ahora, Rich. Si deseas discutir algo con ella, tendrás que hacerlo antes conmigo. Así es como yo lo veo.

CAPÍTULO XII

Rich Talbot chasqueó la lengua molesto.

—No has debido intervenir en favor de Marion, Hart.

—Ella es mi chica, Rich. No podía permitir que tú la avasallaras.

—Escucha, cabezota —resopló Talbot—. Lo que nos jugamos es demasiado importante como para dejar cabos sueltos. Tenemos que estar al corriente de lo que pueda saber Marion. Es preciso averiguar hasta dónde llegó Orson en sus conocimientos.

—Déjame eso a mí, Rich —dijo Garvin—. Trabajándola bien, esa muchacha me lo dirá todo.

Talbot dejó escapar un gruñido.

—Insisto en que no has debido intervenir.

—¿Por qué?

—Es necesario mantener la disciplina en el grupo.

—Nadie discutirá tu jefatura por lo que ha pasado. Todos van a seguir obedeciéndote.

Talbot movió la cabeza emitiendo un nuevo gruñido. Quería imponer su criterio a Garvin, pero éste rechazaba todos sus argumentos.

Ambos se habían quedado solos en aquel claro del bosque, y si en un principio estuvieron a punto de agredirse, los ánimos se fueron calmando después de las primeras palabras. Marion había regresado junto a los restantes miembros del grupo, obedeciendo una indicación de Garvin.

Antes de alejarse, estuvo mirando desafiante a Talbot. Luego le dio la espalda despectivamente y se marchó con la cabeza erguida.

—De acuerdo —acabó refunfuñando Talbot—. Por el bien de los dos, espero que no se compliquen las cosas. Ya sabes el riesgo que corres.

Garvin dio una cabezada.

—Me ocuparé de esa muchacha.

—Tiene un genio de mil demonios. No seas blando con ella o perderás el tiempo.

—Descuida.

—Está bien. Ahora regresemos con los otros.

Rich Talbot ya había empezado a moverse cuando escuchó la llamada de Garvin:

—Eh, Rich...

Talbot se detuvo y giró la cabeza mirándolo.

—¿Qué hay?

—Antes de irnos quisiera hacerte una pregunta que guarda relación con la muerte de Orson.

Talbot inclinó la cabeza con el ceño fruncido.

—Hazla.

—¿Murió por saber demasiado?

El jefe de la pandilla tardó unos segundos en responder, y cuando lo hizo, su voz sonó cortante:

—¿Por qué no preguntas directamente si fui yo quien cerró su boca?

Garvin le soportó la mirada sin pestañear.

—De acuerdo, te lo pregunto.

—Yo no maté a Orson, Hart —replicó ásperamente Talbot—. Su muerte me tiene desconcertado, puedes creerme. Nadie del grupo tenía motivos para cargárselo.

—Eso no es cierto, Rich.

El rostro de Talbot palideció.

—¿El qué no es cierto, Hart?

—Uno de nosotros tenía motivos para liquidar a Orson Murray, ¿no? De lo contrario seguiría vivo.

Aclarado el equívoco, se relajó Talbot. Y dando una brusca cabezada, corroboró:

—En eso tienes razón. Lo que pasa es que cuesta creer que haya sido uno de los muchachos. Opino que ninguno tiene suficientes agallas para matar.

—El que ha matado a Orson es un cobarde, Rich.

No es necesario tener agallas para asesinar amparándose en las sombras de la noche.

—Aun así, no creo que haya sido ninguno de ellos.

—Creo que estás en un error, Rich —silabeó Garvin seguro de sí mismo—. Y ese fulano volverá a matar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Conozco a la raza humana.

Talbot suspiró hondo.

—Mira, Hart, el asesinato de Orson ha sido un caso aislado. Lo contrario sería admitir que tenemos a un loco homicida entre nosotros.

—¿Y no es cierto?

—Estás exagerando, Hart.

—No es descabellado pensarlo.

—Por supuesto que es descabellado. Lo que ocurre es lógico, Hart. Todos estamos un poco nerviosos.

—Deseo que estés en lo cierto, Rich —dijo reflexivo Garvin—. Pero vigilaré mi espalda por si acaso.

Talbot encogió los hombros.

—Puedes hacer lo que quieras, Hart. De todas formas creo que podemos estar tranquilos. Nadie más va a morir.

Hizo una corta pausa y agregó:

—Regresemos ya con los otros.

* * *

A pesar de que estaban bastante cansados, a la mayoría de los componentes del grupo les costó conciliar el sueño aquella noche. Algo flotaba en el ambiente que los tenía en tensión. Era como si la muerte estuviera esperando agazapada y todos temieran su zarpazo.

Aun así, terminaron por dormirse.

El agotamiento de la jornada los había vencido finalmente, aunque no todos dormían apaciblemente. Algunos no dejaban de removerse buscando la postura más cómoda.

No obstante, el silencio era total.

Jess Caddy, con la espalda apoyada en un árbol, se puso un cigarrillo en los labios y encendiéndolo aspiró con fruición la primera bocanada de humo. Habían efectuado un sorteo para que en todo momento hubiese uno de guardia y a él le tocó el primer turno.

No se quejaba.

Cuando Tom lo relevara podría dormir de un tirón el resto de la noche. Soplaban un suave airecillo del oeste que hacía agradable el estar allí fumando.

La calma reinante invitaba a reflexionar.

Hacía poco más de una hora que había estado con Flora y se sentía relajado. Dio una nueva chupada al cigarrillo pensando en los encantos femeninos de su amiga y sonrió bajito.

De pronto sintió un fuerte tirón en el cuello.

Quiso saltar en pie, pero no pudo hacerlo.

Un fino alambre se le estaba clavando en la garganta impidiéndole respirar. Movi6 los brazos desesperadamente tratando de quitarse aquel terrible dogal, pero sus esfuerzos fueron inútiles.

Se clavó las uñas en el cuello intentando quitarse el alambre que lo ahogaba.

No lo consiguió.

De su garganta brotó un ronco gemido.

Pataleó en estertores finales y murió sin apenas enterarse de lo que ocurría. Su cuerpo quedó flácido, sujeto al árbol por el fino alambre que le rodeaba el cuello.

Y como Tom Smart estaba demasiado cansado para despertarse por sí solo y relevarlo, tardaron algunas horas en descubrir el cadáver.

Hasta que Beatriz Vernon, súbitamente desvelada, salió del saco de dormir y se aproximó a él con idea de fumar un cigarrillo juntos y charlar un rato.

El grito aterrorizado de la muchacha despertó bruscamente a los otros miembros de la pandilla.

CAPÍTULO XIII

Hart Garvin fue de los primeros en saltar en pie. En medio de la barahúnda que se formó cuando descubrieron lo que había sucedido, escuchó que alguien gritaba:

—¡Encended los faros de las máquinas!

La idea le pareció buena porque todavía era de noche, y fue a la máquina más próxima accionando el interruptor. No brotó el haz de luz y repitió la operación hasta comprender que el faro no funcionaba. Pensando que la lámpara se había fundido probó con otra máquina y esta vez sí se encendió la luz iluminando un espectáculo dantesco.

Todos contemplaron atónitos el cadáver de Caddy.

Las chicas chillaron histéricas. Los hombres crisparon los maxilares trémulos de rabia y de impotencia. Aquello era bastante más de lo que unos nervios bien templados podían soportar.

Durante unos instantes se miraron unos a otros con hostilidad y desconfianza. Sabían que entre ellos estaba el asesino con la firme idea de continuar matando si le daban la oportunidad de hacerlo.

En el semblante de Tom Smart empezó a reflejarse una expresión de infinito odio. De repente se abalanzó sobre Hart Garvin aullando rabioso:

—¡Maldito criminal...!

Garvin tuvo el tiempo justo de esquivar la ciega acometida de Smart. Reaccionó saltando a un lado y dejándolo pasar convertido en un ciclón.

Tom Smart rodó por el suelo como consecuencia de su propio impulso, pero enseguida se incorporó y rugiendo de rabia se lanzó nuevamente sobre Garvin.

Sin embargo, ya no existía el factor sorpresa.

Y el resultado de la segunda embestida fue lógicamente muy distinto.

Garvin se apartó lo justo para no recibir de lleno el cabezazo de Smart, y cuando lo tuvo a su altura, movió el brazo derecho metiendo el puño con feroz salvajismo.

Smart recibió el tremendo puñetazo en la boca del estómago y se dobló hacia adelante en brusca reverencia involuntaria. Se llevó ambas manos a la parte afectada del cuerpo y estuvo unos segundos inmóvil frente a Garvin. Con el rostro contraído de dolor, trataba de llevar aire a sus pulmones desesperadamente.

El agredido no le hizo la respiración boca a boca, precisamente. Antes de que pudiera enderezarse, lo remató Garvin de un contundente mazazo en la nuca que lo hizo caer desplomado como una res apuntillada.

Todavía no había llegado el cuerpo de Tom al suelo, cuando Rich Talbot acudió encorajinado junto a Garvin.

—¡Quietos los dos, maldita sea!

Garvin le dirigió una impasible mirada.

—Tom ya está quietecito, Rich.

—¿Es que os habéis vuelto locos? —Siguió rabioso Talbot—. No voy a permitir que nadie se desmande entre mi gente, ¿entiendes?

—Eso se lo dices a Tom cuando pueda escucharte —contestó Garvin encogiendo los hombros—. Se puso nervioso y me atacó. Yo me he limitado a defenderme.

—Y has tenido que ser duro con el chico, ¿no?

—Se lo buscó por imbécil.

—Está bien —masculló ceñudo Talbot—. Pero no quiero rivalidades, que a nada conducen, en mi grupo. Debemos estar todos unidos si queremos salir bien librados de esta situación.

Garvin rió con sorna.

—Hay uno, por lo menos, que no está de acuerdo con tus teorías, Rich.

Talbot crispó los maxilares.

—Yo me encargaré de atraparlo —dijo echando fuego por los ojos—. Y te juro que se arrepentirá de haber nacido cuando le ponga las manos encima.

—No tardes en hacerlo o nos quedaremos solos, Rich —dijo Garvin, sin abandonar el tono sarcástico.

Los restantes miembros de la pandilla empezaron a dar muestras de nerviosismo. No podían comprender lo que estaba sucediendo y rodearon a Talbot profiriendo airadas protestas que durante unos segundos crearon confusión.

—¡No podemos dejar que nos maten como a perros!

—¡Hay que descubrir a ese maldito asesino!

—¡Lo mejor sería denunciarlo a la policía!

—¡Sí no lo cogemos...!

Rich Talbot le pegó un manotazo a Dunn Lowe, que era quien estaba más próximo a él.

—¡Silencio todos, maldita sea...! —rugió fuera de sí—. No atraparemos a ese canalla si nos ponemos a gritar como mujerzuelas histéricas. Y de avisar a la policía, nada de nada en tanto sea yo quien mande.

Hizo una corta pausa, y cuando los ánimos estuvieron más serenos, agregó:

—Yo tampoco comprendo lo que está ocurriendo, pero es evidente que el asesino quiere liquidarnos uno a uno. Lo que debemos hacer es no darle facilidades.

Después de otro inciso, preguntó:

—¿Alguno de vosotros ha escuchado algo raro durante la noche?

Nadie respondió. Todos habían estado durmiendo más o menos profundamente y ninguno pudo aportar el menor dato que ayudara a aclarar el enigma. Talbot se cansó de hacer preguntas a cada uno de ellos sin conseguir nada positivo.

—Está bien —decidió finalmente—. Puesto que es casi imposible descubrir a ese criminal, por lo menos vamos a reducir su campo de acción.

Garvin lo miró atentamente.

—¿En qué estás pensando?

Tom Smart se había incorporado resollando y lo miró con infinito odio.

—Yo estoy pensando que tú eres el maldito asesino.

—A ti no te he preguntado, chico.

—¡A callar los dos! —ordenó tajante Talbot—. No consiento más discusiones.

Garvin y Smart guardaron silencio permitiendo que el cabecilla del grupo pudiera seguir hablando.

—Vamos a dividirnos en dos grupos —dijo Talbot—. Y desde ahora cada grupo se dirigirá al norte por separado. En Santa Bárbara estableceremos contacto para cambiar impresiones sobre lo que haya podido ocurrir y volveremos a separarnos hasta llegar a San Francisco. De esa manera reducimos el número de sospechosos a la mitad.

Garvin se pasó la mano por el mentón.

—Imagina que el fulano no vuelve a matar.

—Se habrá conseguido algo positivo por lo menos —replicó Talbot—. Nos encontraremos en San Francisco sin tener que lamentar otra baja.

—No está mal pensado —reconoció Garvin—. Es una forma de estar tranquilos unos días.

—Es algo más que eso.

—¿Sí?

—En San Francisco tendré medios de descubrir al miserable que intenta liquidarnos a todos —dijo Talbot calmoso—. Juro que no se escapará.

Hubo un silencio general y Garvin hizo un ademán señalando el cadáver de Caddy.

—¿Qué hacemos con Jess?

—Lo mismo que hicimos con Orson —respondió Talbot—. Para nosotros es muy importante que no se descubra el cadáver hasta que estemos lejos de aquí.

Los componentes de la pandilla se miraron unos a otros sin atreverse a opinar en contra. Pero finalmente, apuntó con vacilante entonación Flora Briscoe:

—Si lo ponemos en conocimiento de la policía...

—Que nadie se atreva a dar el chivatazo —masculló Talbot paseando la mirada por todos los rostros—. Me encargaría personalmente de él sin reparar en sexo.

Ninguno tuvo la osadía de seguir por aquel camino.

Sabían que la venganza de Talbot sería implacable.

Cuando hubo pasado la tensión creada por la amenaza de Talbot, se decidió a preguntar Dunn Lowe:

—¿Cómo se formarán los dos grupos, Rich?

—Cuatro y cuatro. Tom, Beatriz, Flora y tú, iréis delante. Olivia, Marion, Hart y yo, os seguiremos dos horas más tarde. Vosotros

iréis por la carretera de la costa y nosotros viajaremos por el interior.

* * *

El sol se estaba levantando en el horizonte cuando las potentes máquinas de Talbot y Garvin abandonaron el lugar donde había quedado enterrado el cadáver de Jess Caddy. Las muchachas, todavía impresionadas por lo ocurrido, montaban cada una con su pareja.

Los otros cuatro salieron una hora antes que ellos.

A media mañana detuvo Talbot la máquina delante de un bar ubicado en las cercanías de una pequeña población y bajó de la moto diciendo que iba a telefonar. Garvin sugirió la posibilidad de entrar ellos también a tomar un refresco, pero Talbot se negó rotundamente y ordenó que lo esperaran fuera. Al ver el gesto duro que se reflejaba en el semblante de su compañero, dijo que saldría enseguida y que volverían a detenerse más adelante.

En efecto, Talbot no tardó más de nueve o diez minutos en regresar. Y a Garvin le extrañó observar que había desaparecido de su rostro la dura expresión mantenida desde que descubrieran el cadáver de Caddy aquella madrugada.

Algo había cambiado en él.

Daba la impresión de haberse sacudido de encima una grave preocupación. Antes de subir nuevamente a la moto, palmeó la mejilla de Olivia y sonrió.

—Los problemas están a punto de acabarse, nena.

Garvin, con la visera del casco levantada, forzó a su vez una leve sonrisa.

—Parece que acabas de ganar en las carreras, Rich.

—Es mucho mejor que eso, muchacho —le contestó con entonación casi jovial Talbot—. He reservado sitio para esta noche en un motel de Pomona.

Olivia arqueó las cejas incrédula.

—¿Vamos a pasar la noche en un motel?

Talbot volvió a palmearle la mejilla cariñosamente.

—¿Cuánto tiempo hace que no duermes en una cama como Dios manda, cariño?

—Bueno..., no me quejo de la vida que llevo, Rich.

—Pero te gustará poder revolearte conmigo en una mullida cama, ¿no? —dijo Talbot guiñando un ojo—. Verás cómo nos divertimos.

—Vaya —rió Marion—. A lo mejor es verdad que has acertado el ganador de una importante carrera.

Talbot puso en ella una enigmática mirada.

—Me satisface más la noticia que acabo de recibir, Marion. Es más interesante para todos.

Garvin adelantó el mentón con mueca lobuna.

—Según parece, esa noticia es un secreto, ¿eh? —aventuró cauteloso.

Talbot lo miró divertido.

—No es ningún secreto —dijo sacudiendo la cabeza—. Puedo poneros al corriente del asunto.

Como los otros guardaron silencio esperando que continuara hablando, agregó:

—Esta misma noche, en el motel, me comunicarán por teléfono la identidad del asesino.

Viendo la sorpresa que se pintaba en los rostros de Garvin y las chicas, volvió a sonreír.

—Uno tiene sus contactos, ¿sabéis?

CAPÍTULO XIV

Cuando llegaron a Pomona, ya era noche cerrada. No tuvieron dificultad en encontrar el motel donde tenían reservado alojamiento, puesto que se hallaba en la misma entrada a la ciudad, al borde de la carretera.

No se diferenciaba en casi nada a otros tantos moteles ubicados a lo largo y ancho del país. Edificaciones de una sola planta, un gran letrero luminoso y todas las habitaciones independientes, con las puertas dando a un enarenado sendero.

Rich dijo a los otros que esperaran mientras él iba a recoger las llaves.

A través del ventanal de recepción, observó Garvin que Talbot cambiaba unas palabras con el hombre que se hallaba tras el mostrador y que éste movía la cabeza en sentido afirmativo repetidas veces.

Lamentó no poder escuchar lo que hablaban.

Finalmente volvió a salir Talbot y le tendió una llave.

—Vuestra habitación es la veintidós. Olivia y yo estaremos en la veintitrés.

Garvin le escrutó el semblante.

—¿Cuándo recibirás la llamada?

—Ya te lo haré saber —respondió Talbot brusco—. No vayas a dormirte enseguida.

—Descuida.

Talbot dirigió una significativa mirada a Marion.

—Hay algo que deberías hacer mientras esperamos la llamada, Hart.

Garvin dio una lenta cabezada de conformidad.

—Me ocuparé de eso, Rich.

No hizo falta que hablaran nada más. Caminaron en silencio por el sendero enarenado y cuando se encontró frente al número veintidós, ondeó Garvin la diestra en muda despedida. Acto seguido introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta entrando él primero.

Buscó el interruptor y encendió la luz.

Marion lo siguió sin despegar los labios y cerró la puerta a su espalda.

Garvin se dedicó a inspeccionar la estancia con extraña meticulosidad y de pronto escuchó decir a Marion:

—Podríamos estar aquí toda la noche y no sacarías absolutamente nada de mí, Hart.

Garvin no se dio prisa en responder. Siguió examinando la habitación que le habían asignado en el motel y se dijo que en conjunto no estaba nada mal. Una pareja de enamorados podía sacar mucho partido de ella. Seguro que Talbot y Olivia andaban comprobando la resistencia de una de aquellas coquetonas camas, en la estancia contigua.

Finalmente se giró hacia Marion y en sus ojos hubo un destello irónico.

—¿Quién ha dicho que quiera sacar algo de ti, nena?

—Puedo imaginarlo.

—Pues estás en un error.

Marion compuso un vago ademán.

—En todo caso, serías la excepción que confirmara la regla, Hart. Conozco la mente masculina.

—¿Conoces también la femenina? Porque eso de que no sacaría nada de ti es muy discutible.

—Si intentas...

—Calma, nena —sonrió Garvin abriendo las manos ante él—. No voy a ofenderte con un asalto a tu virtud. No es eso precisamente lo que me interesa de ti.

Marion se puso inmediatamente en guardia.

—Si crees que puedes hacerme hablar...

—Tus palabras confirman que sabes a lo que me refiero.

—¡Pero yo no...!

—Calma, cariño —la cortó Garvin con un suave ademán—. Lo único que me interesa averiguar es en qué equipo juegas. Eso sí me

lo vas a decir, ¿no?

—No acabo de entenderte.

—Vaya, hombre —se lamentó el joven—. Ahora quieres adoptar el papel de inocente palomita recién caída del nido. Vas por mal camino, encanto.

—Oye, Hart, puedo jurarte que.

—Vamos, muchacha. Tú sabes mucho sobre Rich Talbot, y para bien de los dos es mejor que me pongas al corriente. Si dejo que Rich lleve el interrogatorio vas a pasarlo muy mal. Seguro que no tendría la menor consideración.

Marion lo miró inquieta.

—Ya te dije cuanto sabía de Rich.

—No lo creo. Todo eso de que Orson habló contigo es un camelo. Tu información viene de otra parte y quiero saber cuál es la fuente. Las explicaciones a medias no van con mi forma de ser, encanto.

—No puedo añadir nada a lo que dije, Hart.

—Pero resulta que dijiste muy poco.

—Era todo lo que sabía.

Garvin dejó escapar un suspiro.

—Me obligarás a portarme mal contigo, muchacha —dijo con engañosa suavidad—. Te aseguro que puedo ser más duro que el amigo Talbot, si me lo propongo. ¿Por qué no eres lista y colaboras, diablos?

Desde que entraron en el dormitorio del motel, Marion estaba sentada en una butaca alejada de las camas. Parecía temer la proximidad de ellas, a pesar de que Garvin ni siquiera insinuó la posibilidad de aprovechar las circunstancias en que se hallaban.

Al ver la expresión de dureza que se reflejó en el semblante de él después de las últimas palabras, se levantó ella de la butaca y avanzó unos pasos.

—Escucha, Hart... No puedo ser más explícita, pero la compañía de Rich Talbot no te conviene. Ese hombre está a punto de ser atrapado y tú caerás con él si te encuentras a su lado cuando ocurra.

Las pupilas de Garvin la miraron impasibles.

—¿Por qué será atrapado Talbot?

Marion tardó unos segundos en responder.

—Tráfico de narcóticos.

El rostro de Garvin era ahora una máscara impenetrable. En sus ojos había un brillo de fuego.

—¿Cómo lo sabes tú?

—¿Qué importa eso? —Encogió Marion los hombros—. Lo que es realmente importante es que si continuas al lado de Rich van a detenerte con él.

Garvin crispó los maxilares y en un arrebato de furia sujetó a la muchacha por los hombros obligándola a mirarle a los ojos.

—¿Por qué me dices esto a mí? —masculló rabioso—. ¿Es que me crees diferente a Rich?

Marion guardó silencio unos instantes. Luego, su voz brotó en un apagado susurro:

—Puede que en el fondo sea una estúpida, Hart. Muchas veces me han dicho que no sirvo para esta profesión y es posible que tengan razón.

—¿A qué profesión te refieres?

Pero la seca pregunta de Garvin quedó sin respuesta.

Justo en aquel momento se abrió de golpe la puerta del exterior y en el hueco quedó enmarcado Rich Talbot. En su rostro se reflejaba una feroz expresión.

Sostenía una pistola en la diestra y parecía encañonar alternativamente a ambos.

Garvin chasqueó la lengua y componiendo una mueca de fastidio, empezó a decir en tono recriminatorio:

—Rich, te advierto por segunda vez que...

—Déjate de quejas ahora, Hart —lo cortó Talbot con un seco ademán—. ¿Te has acostado ya con esta fulana? Si todavía no lo has hecho, has perdido la ocasión de tirarte a una pájara de lujo.

Garvin lo miró un tanto desconcertado.

—¿De qué estás hablando, diablos?

—De la profesión de esta chica, Hart. ¿Sabes que has dejado _ escapar la ocasión de acostarte con una mujer policía? A lo mejor se portan en la cama de manera distinta a las otras. Ya nunca lo sabrás.

Hart Garvin crispó los maxilares y guardó silencio.

Después clavó en Marion una dura mirada.

—¿Es cierto eso?

Marion lo estuvo mirando largamente al fondo de los ojos y después inclinó la cabeza susurrando:

—Estaba a punto de decírtelo, Hart. Pertenezco a la Brigada de Homicidios de San Francisco.

* * *

Talbot había intentado darle unas bofetadas, pero se interpuso Garvin y lo impidió.

Se pasaron más de una hora interrogando a Marion y lo único que pudieron sacar en limpio fue que ella nada tenía que ver con las muertes de Murray y Caddy. A pesar de que tanto Talbot como Garvin la atosigaron a preguntas, Marion respondió invariablemente que era policía y que cumplía un servicio allí.

No consiguieron sacarle la índole del servicio. Ni Talbot con sus amenazas ni Garvin con sus frías palabras, lograron que Marion les pusiera en claro algunos puntos que deseaban conocer.

La muchacha los miraba llena de desprecio manteniendo firme su postura.

Hasta que Talbot perdió la paciencia y barbotó:

—Vamos a liquidarla, Hart. Ya no aguanto más a ésta pájara, infiernos.

Garvin tardó un poco en contestar.

—No veo lo que podemos conseguir con eso, Rich.

—Cerrarle la boca para siempre. ¿Acaso no te parece suficiente?

—Hizo Talbot una corta pausa y añadió—: A la otra la liquidamos por menos.

Garvin pensó brevemente la proposición de Talbot.

Después movió la cabeza en sentido afirmativo.

—De acuerdo —dijo inexpresivo—. Pero esta vez me acompañarás hasta el final, Rich.

Talbot le enseñó los dientes riendo como una hiena.

—Será un placer, chico, te lo aseguro.

Y aproximándose a Marion la aferró de un brazo tirando de ella hacia la puerta sin ningún miramiento. Garvin se desentendió a partir de entonces de lo que pudiera ocurrirle a la mujer policía.

Su mente estaba en otra parte.

Aquello no era de su incumbencia y lo que sucediera con la muchacha se lo había ganado ella a pulso.

Talbot había llegado ya a la puerta sin soltar ni un momento a Marion y alargando la mano libre abrió la madera bruscamente.

Se disponía a cruzar el umbral cuando súbitamente se frenó sorprendido.

A unos pasos de distancia, frente al hueco, se encontraban Olivia y Dunn Lowe.

Talbot se quedó mudo de asombro.

Porque Dunn Lowe rodeaba desde atrás el cuello de Olivia con el antebrazo izquierdo, y el cañón de una pistola firmemente sostenida en la diestra se apoyaba en la sien femenina.

Cuando pudo recuperar el habla, bisbiseó Talbot:

—¿Qué... significa esto?

Lowe le dirigió una malévola mirada.

—Deja caer esa pistola —conminó torvo—. Si aprecias en algo la vida de tu chica, deja caer la pistola, Rich.

Talbot no podía comprender lo que estaba pasando. Aquello no tenía nada de lógica. Miraba con incredulidad la pistola apoyada en la sien de Olivia y podía leer en los ojos de Lowe una firme decisión de matar.

También él tenía una pistola, pero en aquel momento apuntaba al suelo y sabía que no conseguiría adelantarse a Lowe en caso de una reacción violenta. La muerte de Olivia sería inevitable.

Lo que realmente le preocupaba era que tampoco él saldría con vida. Dunn Lowe tendría tiempo suficiente de dispararle a la chica y escudarse luego con su cuerpo para intentar matarlo a él.

Con un ochenta por ciento de probabilidades de éxito.

Paulatinamente, fue recuperando el aplomo habitual en él, y aunque no acababa de comprender los motivos que pudiera tener Dunn Lowe para actuar de aquella forma, tuvo conciencia de lo crítica que resultaba la situación.

Debía ganar tiempo a toda costa.

—Tienes tres segundos para dejar caer la pistola.

Rich —conminó de nuevo Lowe—. Si haces el menor movimiento, le vuelo la cabeza a Olivia.

—¿Qué diablos pasa contigo, Dunn? —masculló colérico Talbot—. No puedo comprender...

—Suelta la pistola de una vez, Rich.

—Está bien... No te pongas nervioso, caray.

Talbot abrió la mano y la pistola rebotó en el suelo a sus pies. Miraba ceñudo a Lowe y ni siquiera advirtió que Marion se había soltado de él alejándose unos pasos.

Dunn Lowe sonrió fríamente al ver desarmado a Talbot.

—Supongo que esto es una sorpresa para ti, ¿eh, Rich?

—Y estoy esperando una explicación, maldita sea.

—Espero que te la darán Orson, Jess y Tom, cuando os juntéis en el infierno.

Talbot parpadeó asombrado.

—¿Quieres decir que también Tom? —te ha precedido a ti en el largo viaje al Más Allá, jefe de gamberros.

El rostro de Talbot se puso pálido como la cera. Crispadas las facciones, trataba de encontrar una explicación que fuera lógica.

Después de un interminable silencio, consiguió formular la pregunta que le estaba quemando la garganta:

—¿Qué diabólicos motivos tienes para hacer esto?

Dunn Lowe rió secamente, con acentuado sarcasmo.

—Es puro placer, Rich.

—Debes estar loco, Dunn —sacudió Talbot la cabeza con incredulidad—. Para matar por placer hay que estar completamente loco.

—O ser más bárbaro que el propio Atila, Rich. Como muchos gamberros de hoy. Suben a sus motos y se creen con derecho a llevarse por delante todo lo que encuentran a su paso. Hasta son capaces de violar a una joven muerta.

—Tú eres uno de nosotros, Dunn —se defendió Talbot en un esfuerzo desesperado por ganar tiempo—. No tienes ningún derecho a juzgarnos.

Dunn Lowe lo miró en silencio.

Con un desprecio infinito en las pupilas.

—¿Tan poca memoria tienes, canalla?

Talbot no comprendía absolutamente nada.

Bruscamente, Dunn Lowe empujó a Olivia apartándola de su lado. A continuación movió con celeridad la diestra y encañonó al aturdido Talbot.

—Ha llegado la hora de saldar cuentas, Rich.

La tensión reinante era extraordinaria.

Y fue entonces cuando sugirió suavemente Marion:

—Deberías decirle tu verdadero nombre antes de eliminarlo, Dunn Lowe. Si le dices que te llamas Walter Ross quizá comprenda su culpa.

Dunn Lowe no dijo nada.

Su dedo índice empezó a crispase sobre el gatillo.

Todo estaba dispuesto para el estallido final del drama y daba la impresión de que nada podría impedir su culminación. La tensión del ambiente, un ardiente deseo de venganza, miedo a una muerte cierta, odio en los protagonistas...

Pero faltaba un protagonista en la escena.

Hart Garvin podía cambiarlo todo con su intervención.

CAPÍTULO XV

Hart Garvin estaba adosado al quicio de la puerta por su parte interior. Cuando Talbot quiso salir arrastrando a Marion y se encontró de pronto frente a Dunn Lowe, había saltado a un lado justo a tiempo de no ser visto.

Desde el lugar que ocupaba escuchó cuanto se habló en el exterior y pudo imaginarse lo que sucedía al otro lado del hueco sin necesidad de verlo.

Ahora, con la espalda apoyada en la pared y empuñando la pistola, pensaba en la forma de poder ayudar a Rich Talbot sin provocar una matanza general.

Y eso era muy difícil.

Pero Talbot debía salvarse a toda costa.

Aún no había encontrado la manera más apropiada para tratar de salvar a Talbot, cuando llegaron a sus oídos las últimas palabras pronunciadas por Dunn Lowe.

La dura entonación evidenciaba que estaba dispuesto a matar sin más dilación.

Entonces decidió jugárselo todo a una carta.

Llevó aire a sus pulmones y de pronto apareció en el hueco con la pistola por delante.

Dunn Lowe respingó sorprendido al verlo, y durante varias décimas de segundo no supo cómo reaccionar. Garvin levantó la pistola y ordenó seco:

—¡Suelta el arma, Dunn!

Pero Dunn Lowe hubiera estado dispuesto a hacer cualquier cosa, menos lo que le pedía Garvin. En lugar de obedecer se puso a disparar frenéticamente.

Garvin se dejó caer de rodillas y abrió fuego a su vez intentando

evitar lo irremediable.

No lo consiguió.

El primer proyectil que salió de la pistola de Lowe fue a meterse en el pecho de Talbot, que salió impulsado violentamente hacia atrás y estuvo a punto de desplomarse sobre Garvin.

El segundo balazo de Lowe pasó aullando por entre los cuerpos de Olivia y Marion, Y no es que fuera su intención alcanzar a una de las chicas, sino que ya tenía un trozo de plomo atravesándole el cuello.

Garvin no perdía el tiempo.

A pesar de saber que Lowe había sido alcanzado de gravedad, disparó por segunda vez tratando de meterle un plomazo en el corazón y acabar por la vía rápida.

Lo logró a la segunda tentativa.

Dunn Lowe giró sobre sí mismo como un muñeco de juguete súbitamente enloquecido y su dedo índice se crispó sobre el gatillo en mortal estertor. Una tercera bala salió de su pistola, cuando Lowe era prácticamente un cadáver y caía al suelo roto.

La mala fortuna quiso que esa bala fuera a metérsele a Marion en el costado derecho.

La muchacha dio la impresión de levantarse del suelo durante unos instantes y luego se desplomó pesadamente. De su garganta brotó un ronco gemido.

Y ése fue el final del violento drama.

Todo había sucedido en cuatro o cinco segundos.

Garvin se incorporó lentamente con la pistola aún humeante en la diestra y el rostro contraído. A pesar de que reaccionaba con prontitud en cualquier situación, esta vez tardó un poco más de lo normal.

Echó un vistazo a su alrededor y masculló una maldición de impotencia y rabia. Había fracasado rotundamente en su intento de evitar la matanza, porque en el suelo había tres cuerpos ensangrentados.

Dejando caer la pistola se aproximó a Marion arrodillándose a su lado. Comprobó que tenía una brecha que no dejaba de sangrar en el costado. A simple vista no parecía de gravedad, aunque él no tenía los suficientes conocimientos médicos para juzgarlo.

Pero no creía equivocarse en su juicio.

La muchacha incluso le sonrió débilmente cuando le levantó la cabeza con sumo cuidado.

Garvin se quitó la cazadora y doblándola se la puso a modo de almohada. Marion se lo agradeció con una cálida mirada de sus azules ojos. Después de unos instantes mirándolo intensamente; entreabrió los labios intentando hablar, pero no pudo articular palabra alguna.

Garvin le acarició torpemente la mejilla.

—Es mejor que guardes silencio, nena. No te morirás de esto, pero no debes gastar energías.

Marion hizo un gran esfuerzo y consiguió decir con un hilo de voz:

—No... te pierdas, Hart.

—Descuida, encanto —le sonrió Garvin—. Quédate tranquila y no te preocupes ahora de nada más. Voy a ver cómo está Talbot.

No esperó a que ella intentara hablar de nuevo.

Rápidamente fue junto a los otros dos cuerpos yacentes. Lowe estaba muerto como era lógico esperar, pero Talbot seguía con vida. Garvin se cogió la muñeca suavemente y le buscó el pulso. Tardó bastante en encontrarlo, pero finalmente lo consiguió.

Comprendió que a Talbot le quedaba muy poca vida.

Podía morir en cualquier momento.

Levantó el rostro desesperado y vio a Olivia temblando convulsivamente. Sus facciones estaban pálidas, desencajadas. Y no era para menos después de la impresión recibida. De tanta violencia desencadenada.

Su mirada se perdía en el vacío y parecía completamente al margen de cuanto la rodeaba.

Garvin acudió a su lado y aferrándola por los hombros empezó a sacudirla violentamente.

—¡Qué haces ahí parada! —gritó frenético—. ¡Necesito toda la ayuda que me puedas prestar!

Olivia siguió alelada y tuvo que abofetearla.

Cuando vio que rompía en un llanto convulsivo, repitió:

—¡Tienes que avisar a una ambulancia mientras yo trato por todos los medios de conservarlos con vida!

Ella asintió despacio comprendiendo lo que Garvin necesitaba con urgencia.

De pronto corrió hacia la recepción del motel. Garvin regresó junto a Talbot y lo miró inexpresivamente.

—No te mueras, Rich, por tu madre.

CAPÍTULO XVI

El comisario Al Higgins, de la Brigada de Homicidios de San Francisco, habló en tono pausado a los dos hombres de Narcóticos que se hallaban con él en su despacho:

—Bien, señores, no puede decirse que hayamos tenido demasiado éxito en nuestro trabajo. Hace poco más de un mes, como consecuencia de encontrar el cadáver salvajemente violado de una joven llamada Cristina Ross, nos pusimos en movimiento con el propósito de descubrir a una de las bandas de gamberros motorizados que asolan la costa del Pacífico. Por indicios descubiertos en el lugar del crimen sospechábamos de una de esas bandas, pero resultaba imposible establecer una acusación definitiva contra cualquiera de ellas. Eso nos indujo a introducir un agente en cada una de las bandas sospechosas.

Higgins hizo una pausa y enseguida continuó:

—La agente Marion Clyde fue introducida en la pandilla de ese Rich Talbot y su trabajo empezó a ser fructífero, aunque en otro sentido al esperado. Esa chica descubrió que esos fulanos se dedicaban al tráfico de drogas. También pudo darse cuenta que la banda de Talbot estaba implicada en el crimen de Cristina Ross. Lo que no pudimos prever fue que el hermano de la muchacha asesinada, Walter Ross, se introdujese en el grupo por su cuenta y fuera liquidando a los salvajes que mataron a su hermana. Por eso he dicho que nuestro éxito es muy relativo. Los criminales han pagado su culpa, pero nosotros pretendíamos ponerlos en manos de la justicia.

Como Higgins guardó silencio después de su explicación, se apresuró a aclarar Hart Garvin:

—En mi opinión, no se puede considerar culpable de lo ocurrido

a la agente Marion Clyde. Los hechos se sucedieron con extraordinaria rapidez y fue imposible controlarlos.

Higgins esbozó una sonrisa.

—Descuide, Garvin. Marion Clyde goza de nuestra confianza y este... relativo fracaso, no empañará su hoja de servicios en absoluto.

Button Wallis, el hombre que se sentaba junto a Garvin, intervino diciendo en tono recriminatorio:

—Higgins, usted ha dicho que su agente sospechó que entre esos gamberros se hacía tráfico de drogas. ¿Por qué no comunicó a la División de Narcóticos el hecho? Aunque nosotros ya estábamos tras la pista por medio de nuestro agente Hart Garvin, se hubiera evitado que dos representantes de la ley estuvieran metidos en la misma pandilla sin ellos saberlo.

—Se trataba de simples sospechas, Wallis.

—Aun así...

—Escuche, Wallis —lo cortó secamente Higgins—. Es lamentable que no exista ninguna conexión entre los diversos cuerpos que representan a la ley, pero yo no tengo la culpa. Tampoco ustedes han sido muy explícitos con nosotros.

Wallis arqueó las cejas.

—¿A qué se refiere, Higgins?

—A la actuación de su hombre dentro del grupo.

—Eso no es ya ningún secreto —suspiró Wallis comprendiendo la curiosidad del comisario—. Garvin logró ganarse la confianza de Talbot simulando que mataba a una mujer llamada Pamela, que les servía de enlace. Naturalmente, tuvimos que hablar con ella y convencerla, antes de que Garvin se presentara. Luego, la labor de Garvin consistía en descubrir la manera que utilizaban para transportar la droga y sacarle a Rich Talbot el nombre de alguno de sus jefes.

—Pero Rich Talbot murió poco antes de que llegara la ambulancia, ¿no?

—En efecto. Sin embargo, Garvin pudo interrogarlo y sacarle dos nombres en un momento de lucidez. Ahora estamos investigando a esas personas y parece que están implicadas. Hemos tenido bastante suerte.

—¿Y el medio de transportar la droga?

—Lo descubrió Garvin por pura casualidad. Utilizaban para cada ocasión un Sistema distinto. La cavidad interior de los faros de las motos parecían ser el lugar preferido.

Mientras su jefe y el comisario Higgins continuaban hablando de los pormenores de la operación, Hart Garvin salió sigilosamente del despacho.

Tenía algo más importante que hacer.

* * *

Marion vio que se abría la puerta de la habitación y entraba en ella Hart Garvin. El joven se acercó al lecho cogiéndole cariñosamente la mano.

—¿Cómo va eso?

En los labios de Marion apareció una sonrisa.

—El doctor me ha dicho que estaré en pie dentro de una semana.

—¿Tanto tiempo?

—Eso es lo que dice él.

Garvin suspiró aparentemente poco resignado.

—Pues procura darte prisa porque tenemos que volver a formar pareja de nuevo. Pero esta vez llegaremos al final de la cuestión.

La muchacha frunció el ceño.

—Alguna vez deberías darte por vencido y...

—Antes estoy dispuesto a pasar por el matrimonio.

Marion abrió los ojos llena de asombro.

—¿Esto... es una declaración formal?

—En efecto —asintió él con una sonrisa—. Pero si no acabo de gustarte o tienes algo más importante a la vista...

—¡No...!

Garvin rió abiertamente al ver la expresión que se pintaba en la cara de ella.

Y al besarle los cálidos labios, supo que Marion estaba deseando formar pareja en el sentido más amplio de la palabra.

FIN

Seudónimo con el que escribe el autor Juan Mora Gutiérrez.